

Revista Nacional DE ARTES
SAN JOSE DE COSTA RICA, AMERICA CENTRAL

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

—de—

cuatro números

₡ 1.00

DIRECTORA:

SARA CASALVADA DE QUIROS

Apartado 1239

OFICINA mi casa de

habitación N° 2730

Teléfono 3707

BARRIO: LA California

Av. 1ª Calles 27-29

AÑO XVI

San José, C.R., Domingos 20 y 27 de Abril 1947

No. 725 y 726



MONS. RICARDO ZUNIGA

INOLVIDABLE FUE LA FIESTA QUE SE LE OFRECIO AL MUY RESPECTADO Y QUERIDISIMO PADRE MONSEÑOR RICARDO ZUÑIGA, PRELADO DOMESTICO DE SU SANTIDAD, CON MOTIVO DEL 60° ANIVERSARIO DE SU ORDENACION SACERDOTAL

El virtuoso sacerdote Padre Rafael Casante, Cura de La Soledad tuvo la felicísima idea de organizar una fiesta para celebrar los sesenta años sacerdotales del muy querido Padre Cayito, fiesta que resultó bellísima. La Misa celebrada el 26 de Marzo del presente a las 9 horas, en la preciosa Iglesia de Santa Teresita del Niño Jesús, que es el fruto de los desvelos del Padre Cayito, fué solemnísimas y asistió gran concurrencia, muchísimos sacerdotes, fieles Ministros del Señor que se regocijan uniéndose a la alegría del muy Santo Padre Cayito, quien ha sido único en su Ministerio Sacerdotal. ¿Quién no quiere al Padre Cayito? es el Padre de todos, el abuelito de muchos, pues él se considera el abuelito de los hijos de los matrimonios que él ha bendecido en su largo Ministerio Sacerdotal.

El Padre Cayito es un verdadero Padre de todos, si estamos alegres se regocija con sus fieles, si tristes se une a nuestros dolores, si necesitamos sus consejos nos los da como el más amoroso padre, jamás se niega a ayudar en todas las necesidades de sus hijos, es un verdadero consolador de los afligidos, su ca-

ridad es inmensa, y su amor a Dios no tiene límites, con cuánta veneración celebra la Santa Misa, se ve, se siente que su unión con Jesús Eucaristía es algo que inspira gran devoción.

Todos lo queremos mucho, todos le pedimos a Dios que nos lo preste muchos años más para que continúe trabajando, a pesar de sus ochenta y dos años, pues es el único sacerdote al que nadie se atreve a negarle nada, aún aquellos que no son muy piadosos. Muchas veces hemos pensado en que, ¿qué haremos cuando ya no exista el Padre Cayito? pues hay pasos que sólo él con su gran bondad puede dar y nadie le niega nada.

Es un sacerdote muy celoso y activo, ahora está muy acongojado, pues está adeudado con la adquisición del magnífico órgano que acaba de estrenar su Templo de Santa Teresita del Niño Jesús, cuyo valor es de 15.000.00 colones, y esperamos que no sólo los vecinos de San José, devotos de la Virgen de Lixiueux contribuirán con espléndidas limosnas para ayudarlo a salir de semejante deuda. Tanto los suscritores de REVISTA COSTARRICENSE, como todos los que deseen ayudarlo pueden enviar su contribución al Tesorero de la Junta de Santa Teresita, don Guillermo Esquivel Sáenz, en la Tienda de don Narciso Esquivel, frente a la Plaza de la Artillería. Oportunamente publicamos la lista de los contribuyentes. Los suscritores de mi Revista que viven lejos, pueden enviarnos la contribución con el dinero de la Revista y se les enviará el correspondiente recibo del Tesorero.

Demuéstrame al Padre Cayito nuestro cariño y agradecimiento ayudándole en esta ocasión.

ESCAPULARIO VERDE Y LA MEDALLA MILAGROSA

Aviso a las personas interesadas en obtener este escapulario que acabo de recibir unos pocos, y lo remitiré a los que me envíen una limosna de ₡ 0,60 y los gastos de envío. Adjunto les enviaré una hojita con las explicaciones que ya publiqué en esta Revista. También recibí Medallas pequeñas y de 3½ centímetros, en aluminio de la Santísima Virgen de la Medalla Milagrosa.

Sara Casal vda. de Quirós.

Sara Casal Vda. de Quirós

Las "Escuelitas del Hogar", medio importante para lograr el reajuste familiar

De: "Iris" Caracas

*Disertante; La Sra. María Ross de González,
Del Parroq. de Piedad de Santa Rosalía.*

Hay que volver al concepto cristiano de la familia, que al considerar a los sirvientes como miembros de ella, se interesa vivamente por la gravísima obligación de velar con celo verdadero por la salvación de sus almas. Tomemos con gran empeño el que asistan todos los años a las tandas de ejercicios que se organizan para ellas. Proporcionándoseles también el tiempo necesario para ir a la iglesia y cumplir con sus prácticas piadosas; todo esto con generosidad, con desprendimiento, prestándoles nuestra ayuda en sus trabajos, no olvidando que es el apostolado que tenemos más cerca de nosotros y que tantas veces descuidamos. Tengamos con ellas una exquisita caridad, ciertas delicadezas y atenciones a las cuales son muy sensibles, aunque no lo creamos; además en el modo de tratar a la servidumbre se conoce el grado de piedad... y hasta de educación de las personas. ¡Qué impropios esos gritos, esas asperezas que algunas emplean! Ciertó que nuestras criadas tienen defectos; pero nosotras los tenemos también y hasta de educación de las personas. ¡Qué impropios esos gritos, esas asperezas que algunas emplean! Ciertó que nuestras criadas tienen defectos; pero nosotras los tenemos también y en ellas hay más disculpa, porque las pobrecitas han carecido de los medios que a nosotras se nos han prodigado. Se dice que no hay criados como los de antiguamente, fieles, apegados a las casas con una lealtad a toda prueba... Pero, (y los amos? Son como los de entonces? En estas Escuelitas del Hogar se puede hacer mucho sobre este problema tan comentado en nuestros días, aunque claro está, el ideal sería la fundación de un colegio-hogar para sirvientas, dirigido por alguna congregación religiosa y para esto ninguna mejor que la Congregación de Religiosas Hi-

jas de María Inmaculada para el servicio doméstico, que vienen a ser en la ciudad para estas muchachas humildes y sencillas de la aldea los ángeles de guarda de estas almas, redimidas por Jesucristo y con destinos eternos. Estas insignes y beneméritas religiosas las encauzan con infinita paciencia hacia la verdad y el bien mediante una labor educadora, siendo para ellas verdaderas madres, que las imponen con dulzura en las faenas del hogar y las instruyen al mismo tiempo en la religión, formando sus almas en la moralidad. Algo en fin, como veréis espléndido para patronas, y obreras, que estoy casi segura que os agrade mucho y que yo dejo a vuestro estudio y consideración.

Sigo explicando lo que son las Escuelitas del Hogar:

Hemos dicho que una vez por semana se invitará a las madres a venir con nosotras y mientras unas señoras las enseñamos a leer, a escribir, a labores útiles como ojales, presillas, zurcidos, piezas, repastos de ropas, medias y calcetines, punto de media, gandullo, corte, costura etc. junto con esto se les va inculcando el amor al hogar, al trabajo, al sacrificio (aunque yo creo que en las privaciones diarias las pobrecitas se hicieron maestras en tal asignatura).

Hay que enseñarles también a ser limpias, aseadas, ordenadas y también, por qué nó, el arreglo honesto de su persona haciéndoles comprender que el uso inmoderado de aféites deforma la belleza más exquisita, dando a la mujer más bella la estúpida y ridícula expresión de clown de circo, que no sin cierta risita nosotras habremos podido comprobar muchas veces por calles y de cuya tentación pido a Dios os libre y me libre.

Mientras enseñamos todo esto, otra señora como rocío celestial dejará caer sobre aquellas almas de modo claro y sencillo la explicación religiosa en forma que no las canse

y las penetre y las inunde y las prepare para dar copioso fruto, esto es, que estas madres hagan resurgir la vida de su hogar, formando cristianamente a sus hijos, modelando su corazón, como primeras educadoras que son de sus hijos. Hay que hacerles comprender que esta es la grandeza y dignidad de la madre cristiana, que al hacer cristiano, grato y amable su hogar, influye de modo bienhechor en todos sus miembros, consiguiendo con esto, aunque indirectamente, el bienestar social, que brilla hoy por su ausencia por falta de hogares cristianos, por derrumbe de la familia, cimiento de la sociedad.

Formemos a estas obreras en una piedad sólida, basada en el amor de Dios, un amor que llega a hacerse hombre por ellas, que da su vida por ellas y que no persigue más que elevarlas a ellas a la grandeza de hijas de Dios. Que se penetren bien del pensamiento cristiano de su dignificación en Cristo y así conseguiremos que desaparezcan los odios de clases y brote la verdadera hermandad cristiana. Para conseguir esto que nuestras palabras sean bálsamo que suavice y cicatrice heridas del alma, nuestras miradas claridad que las ilumine y nuestros ademanes brazos extendidos para ayudarlas, para consolarlas y servirles en un corazón siempre dispuesto a darse y sacrificarse en un reflejo vivo de caridad, sello divino con que debemos grabar

todos nuestros actos de apostolado y moned con la cual se sostienen estas escuelitas. Y como todo trabajo supone en el que lo ejecuta el deseo de conseguir un beneficio, a fin de año las estimulará mucho que les regalemos la prenda, que han confeccionado durante el curso.

Para nosotras el premio será la inmensa satisfacción de comprobar que estas madres jóvenes tienen deseos cada vez más grandes de conocer y amar a Dios, que sus conversaciones son más elevadas, que el sello divino de dignidad, de su comportamiento y de sus modales es por la gracia de Dios obra nuestra en fin que hemos ganado sus almas para Cristo, porque como dice Elizabeth Lesseur "vivir es saber amar, practicar el don de sí y convertirlo todo alegrías, deseos, ternuras y dolores en una especie de poema sublime, cuyo armonioso murmullo alcance a otros, despertándolos quizás de su sueño, de esa modorra moral, en la cual viven tantos pobres seres desgraciados o como dijo el poeta,

La vida que no florece
y estéril y escondida
y ni fecunda ni crece,
es vida que no merece
el santo nombre de vida.

MARIA ROSS DE GONZALEZ
Direct. de Piedad de Santa Rosalía.

**¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!**

EN LA FARMACIA FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca.

El Judío Errante y su Leyenda

La Leyenda del Judio Errante que muchas personas suponen data del año 1237, la sugieren las palabras de Cristo, como puede verse en los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas. Las palabras del Redentor fueron éstas, según Lucas: "En verdad os digo que algunos de los que están aquí no gustarán la muerte hasta que no hayan visto el reino de Dios".

Al menos estas frases parecen indicar que uno o más de los que estaban presentes no morirían el día del Juicio Final. La leyenda nacida de esta afirmación de Jesús, puede haber existido durante varios siglos sin que la historia la registrase, pues de ella habla por primera vez un monje inglés llamado Roger de Vendorer, y también se encuentra con más detalles en la "Crónica de París".

La historia tal como la refieren estos dos escritores medioevales dice lo siguiente: Durante una peregrinación que hizo por Europa en 1228 un arzobispo armenio, visitó la Abadía de St. Albans, cuyos monjes le interrogaron acerca de su país, y entre otras cosas le preguntaron por un individuo llamado José, del cual se hablaba mucho en Europa, diciéndose que después de presenciar la pasión de Jesús, había sobrevivido y era testimonio viviente de la verdad de la fe cristiana.

El arzobispo respondió que conocía perfectamente a José, a quien había convidado a su mesa poco antes de emprender el viaje. Según el armenio, el nombre primitivo del tal José era Cartaphilus, y se decía que desempeñaba el cargo de portero de la casa de Pilatos en tiempos de la Crucifixión. Al ser conducido Cristo al lugar de su ejecución, José le había tocado en la espalda diciendo:

—¡Anda de prisa! ¿Por qué te retrasas? Y entonces, Cristo, mirándole severamente le respondió:

—Yo voy, pero tú debes aguardar mi vuelta.

Cartaphilus siguió viviendo, y más adelante fué bautizado con el nombre de José.

Siempre que cumple cien años de edad se enferma durante un corto tiempo y luego recobra el aspecto de los treinta años, que es la edad que tenía cuando tuvo lugar la Crucifixión. Vive la mayor parte del tiempo en Armenia y en otros países orientales, siempre el lado de obispos y hombres santos; habla poco, si no le hablan, en cuyo caso responde con la mayor gravedad.

Llorando y lleno de remordimiento aguarda la segunda venida de Cristo y pone todas sus esperanzas de salvación en la súplica del Salvador al decir: "Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen".

Con posteridad al año 1237, se encuentra la leyenda en muchas partes y un libro publicado a principios del siglo XVII introduce en la historia una variación muy interesante. Según esta versión, fué preso en Jerusalén un hombre que había sido testigo de la Crucifixión. Sobornando al carcelero con unas cuantas monedas de oro, unos viajeros consiguieron que abrieran las nueve puertas tras de las cuales se hallaba encerrado el prisionero. La celda era un calabozo sostenido por cuatro pilares. El preso estaba desnudo. Tenía el cuerpo cubierto de pelo, y se llamaba Jan Roduyn.

Contábase de él que hallándose en el umbral de su puerta, pasó Jesús conducido por sus verdugos y Jan le dijo con impaciencia:

—¡Vete! ¡Demasiado tiempo has estado aquí!

Y como en el otro relato, Cristo respondió:

—Yo iré, pero tú esperarás hasta que vuelva.

La leyenda no cuenta por qué fué encerrado en el calabozo Jan Roduyn, pero sí

refiere que conservaba silencio absoluto excepto los días de Viernes Santo, en que preguntaba a su guardián:

—¿No viene el hombre de la Cruz?

Aún existe una tercera versión que gradualmente cristalizó de los rumores corrientes, y dice así:

“En 1542, estando de estudiante en Wurttemberg, Pable von Eitsen fué a Hamburgo a visitar a su familia, y le chocó el aspecto de un hombre que vió por casualidad en un iglesia. Este individuo aparentaba unos cincuenta años. iba descalzo y mal vestido y le caía por los hombros una larga cabellera.

En la iglesia permanecía frente al público y parecía absorto en la oración, de tal suerte que no se movía nunca más que cuando se mencionaba el nombre de Cristo. En tonces inclinaba la cabeza y lanzaba un profundo suspiro y se daba golpes de pecho.

Pablo hizo indagaciones y supo que aquel hombre llevaba unas cuantas semanas en la población, y según decía él mismo, era natural de Jerusalén, zapatero de oficio y llevaba el nombre de Asuero. Blasnovia de haber presenciado la Crucifixión y decía que desde entonces había caminado errante por muchos países.

El estudiante procuró tener una entrevista con el desconocido quien le contó su fabulosa historia.

Asuero había vivido en Jerusalén en tiempo de Cristo, y tenía su casa en la calle por donde debía pasar la procesión. Con su hijo en brazos salió a la puerta a ver al “impostor” conducido a la muerte. Cuando Cristo llegó a la casa del judío, se detuvo y se apoyó en la pared para descansar, pero Asuero, con tono colérico le mandó que siguiese andando.

Cristo le miró fijamente y dijo:

—No descansaré aquí y tú serás el que ande.

Asuero dejó a su niño en el suelo y arrastrado por un extraño impulso siguió a la multitud hasta el lugar de la ejecución. Lue-

go, bajó andando hacia adelante, errando por diversos países. Siglos después, visitó Jerusalén, pero casi no pudo reconocer la población.

Su modo de vivir era sencillo, generalmente guardaba silencio y jamás se le veía sonreír. Cualquiera palabra profana le producía escalofrío. Se mantenía de limosnas, pero nunca aceptaba más de dos monedas pequeñas de plata y siempre daba una parte a los pobres. Cualquiera que fuese el país donde apareciese hablaba el idioma de la región perfectamente.

Mientras estuvo en Hamburgo fué mucha gente a verle y las autoridades mandaron que se le midiesen las plantas de los pies resultando que tenía más de dos centímetros y medio de grueso y eran duras como el asta de un toro.

Tal es la historia del Judío Errante, la cual tiene, sin embargo, muchos variantes.

Algunos le toman por Mateo, y otros le llaman Buttadeus o “el que pegó a Dios”.

La historia no deja de contarse en una forma o en otra, y todavía ahora en ciertas partes de Francia se venden miles de ejemplares de ella.

En las casas de los aldeanos de Bretaña es corriente ver estampas del Judío Errante haciendo pareja con las de Napoleón.

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para navidad

—Un factor acude a su jefe en quejilla: Me han dicho que yo aquí no pinto nada. Diga Ud., pinto o no pinto?— Siga Ud. pintando, señor factor.

Gemma Galgani - La Santa de Lucca

La ciudad de Lucca está toda ella llena de recuerdos de aquella santa que se llamó Gemma Galgani y mereció los honores de la beatificación en solemne acto que tuvo efecto el 5 de febrero de 1933.

Reposan sus restos en la soberbia catedral, reliquia histórica a la par que de la arquitectura gótica, y el pueblo cristiano desfila y ora ante la imagen yacente de la exquisita mujer cuya piedad sólo podía ser comparable con su dulzura, con la pureza de sus sentimientos, con la devoción que brotaba de su corazón.

Gemma Galgani ha sido consagrada patrona de los farmacéuticos y no en el orden local, puesto que en un pueblo español de la provincia de Gerona, Bañolas, se le ha erigido una estatua, y en Río de Janeiro figura en uno de los templos más distinguidos e importantes de la ciudad carioca un precioso cuadro con su imagen, hecho a costo e iniciativa del gremio, antes mencionado. Esto ha hecho que la figura de la santa traspasase las fronteras de su comarca y se difundiese hasta el exterior, provocando curiosidad y despertando una nueva veneración.

Lucca no es sino una estampa de la Italia tradicional, vetusta, aferrada a sus rancias costumbres, y cada casona, cada calleja, todas sus piedras, muchas de ellas recubiertas de musgo, son pedazos de leyenda que se diría embalsamaran el ambiente de paz, de frescura, de serenidad.

En Lucca, Gemma Galgani se dedicó, con ahinco a las prácticas y ejercicios religiosos y pronto su hermosa figura extática, sus ojos tristes, aunque iluminados por destellos interiores, se hizo popular en tanto ambulaba sumida en profundas meditaciones por las preciosas alamedas que son orgullo de ese rincón de Italia por el que la infanta María Luisa de Borbón, hija de Carlos IV de España, tuvo particular cariño y atenciones.

La beata frente a los lienzos preciosos que decoran la iglesia, como el de "La Virgen y el Niño", de Fra Bartolomeo, y "La cena de los apóstoles", de Tintoretto, pasó horas enteras elevando preces para ser tocada por la inspiración divina, haciendo verdaderos sacrificios para que sus ruegos fuesen oídos y el Señor se apiadase de sus cuitas.

Gemma Galgani obtuvo premio a su dedicación, a su espíritu abnegado, como si se quisiese premiar en esa figura devota a millares y aun millones de mujeres sometidas por contingencias mil y de la más diversa índole, a un esfuerzo, a una labor superior a su resistencia y sin que se agotasen los manantiales de su fe en el Supremo Hacedor y en los bienes que constituyen el preciado don para los que padecieron y durante su tránsito terreno no pudieron gozar de venturas ni de la mínima dicha.

Gemma Galgani, hija de un farmacéutico—sólo en esto se ve un origen sentimental en el patronazgo que se le confirió,—vió la miseria en el albor de su existencia. La limosna, si bien no es exactamente el calificativo de la situación, la recogió del arroyo. Quiso el Destino que su protector, o el jefe de la familia a cuyo seno fue a parar, perteneciese al gremio de farmacéuticos.

La niña, por más que en su pecho alentó el agradecimiento hacia quienes le redimiran de la más horrenda miseria, sombrío panorama que sus ojos y su raciocinio no podían entonces analizar en su magnitud y profundidad, dedicó años y días y horas a cultivar la bondad para dejar rasgos de una dignidad superior que pagase la preocupación de sus protectores.

No ha sido un caso de neurosis, de nervios exacerbados, los que dictaron sus actos prefiriendo apartarse de la vida en su exterioridad, en sus goces y placeres, para efectuar sus exámenes autocríticos determi-

nantes de su vocación y de su devoción.

Gemma Galgani se encontró ante un dilema gravísimo: huérfana, recogida por caridad, no se hallaba con las aristas necesarias como para retribuir la gentileza, los mimos recibidos. Se forjó en su mente la obsesión de dedicar la vida a la veneración de sus progenitores y a aquella santa familia que la aceptó más que como una hija, realizando inconcebibles esfuerzos para sustraerla al dolor.

Pero el dolor era necesario como el aire que respiraba para Gemma Galgani. Por esto su asiduidad a la iglesia, su peregrinar incesante por los templos, los hechos que pusieron en relieve su bondad inmensa su fe incomparable, su confianza en la justicia divina, pronto le dieron fama de beata excelsa y su nombre llegaba más allá de los pueblos vecinos y de las aldeas que se perdían en los montes y en los valles pintorescos, desgarrándose por la campiña en caseríos policromos. En las ciudades se susurró sigilosamente el nombre de la joven en conversaciones de mujeres, entre la gente de iglesia y entre los devotos fervientes.

Por esto cuando la sorprendió la muerte,

a los 25 años de edad, el pueblo la lloró a lágrima viva. Cada casa tenía un cirio encendido y las campanas al doblar a duelo parecían plasmar lágrimas de bronce de su sonido grave, de ese sonido que retumbando de estribación en ladera de los altos picachos, agigantaba el eco hasta que se perdía en ondas inaudibles.

Gemma Galgani había fallecido, pero su recuerdo quedó grabado. A ella se le tributaron ofrendas y se le oficiaron misas y se rezó por el descanso de su alma, con verdadera unción, con sentimiento. Cada mujer veía en su pecho uno de los sacrificios de Gemma Galgani; las huerfanitas, los seres indefensos que viven merced a la caridad pública, a la munificencia o a la bondad privada que se cristaliza en acciones nobles y no en palabras o en suscripciones que rodean al nombre de lustre opulento, se solidarizaron con el norte y guía de esa figura de joven que en plena pujanza de su existencia había volado al cielo. Y a quienes le rezaron se les ocurrió que rezaban por sí mismos, pues se veían en la imagen como en un verdadero espejo.

Verdades Amargas

Acabo de ver una de mis parroquianas por cierto mujer intranquila.

"Una de mis parroquianas" es un decir, porque ella no pone nunca el pie en la iglesia— a no ser para las bodas, bautizos o entierros— de horrores... espirituales, pero ¡qué horrores! — y no cree sin embargo que gran parte de ellos pueden ponerse a cuenta corriente.

Pero de todos modos es mi parroquiana al fin y al cabo, y, sin frecuentar su casa, la visito alguna vez como lo requiere la caridad.

—0—

La he encontrado esta tarde "desenfadada... desenfadada" de su expresión.

Acaba de leer los periódicos: Terminaban de asaltar dos villas o fincas de recreo cerca de

ella. Un bandido enmascarado había despertado a la mujer de un cónsul amigo y apuntando con un revólver a su cara la había hecho entregarle doscientos mil francos...

Y la semana última una distinguida familia, que volvía de su país, de noche y en auto, había chocado contra un alambre tendido a través del camino. El padre y los hijos habían salido con la frente rota la garganta desgarrada y unos bestias emboscados detrás de los árboles habían acabado con ellos a tiros de revólver.

—0—

Esto era lo que contristaba a mi parroquiana. —Comprende usted, los crímenes no cesan. Según esto algún día va a tocar a mí...

—¡Efectivamente!

—Os lo digo convencida. Yo, puedo ser degollada, fusilada, robada... ¡efectivamente! En fin esto es abominable.

—¡Y tan lógico!

—Palabras odiosas de académico... o de teólogo.

—No, señora, son expresiones salidas de la vida real viviente. Todos esos crímenes, cuyo nombre se multiplica cada día es la mies maldita que sube...; es lo que se ha sembrado con encarnizamiento por espacio de cincuenta años.

—0—

Mi parroquiana arroja entonces el periódico al suelo con impaciencia.

—Pero, yo no he sembrado nada.

—Perdón, señora, ¿no se molestaría usted si os expongo mi pensamiento entero?

—¡Oh! no, exponga lo que quiera.

—Entonces voy a pensar alto; yo estimo desde luego que usted ha sembrado por todas partes el mal ejemplo.

—¿Yo?—

—Sí, usted no viniendo a misa, no cumpliendo con Pascua, recibiendo periódicos antirreligiosos que leen vuestras relaciones, y vuestros domésticos en la cocina.

—Pero esto respecta y mira a mí personalmente... Es un asunto entre yo y Dios, si existe.

Determinándose y fijándose el campo de batalla yo me instalo en mi butaca.

—Señora, ningún asunto les estrictamente personal, usted forma parte de un todo social. Somos solidarios unos de otros. Si usted no cree en Dios ni en la vida futura, ¿por qué quiere usted que crean en ella sus domésticos?

—¿Mis domésticos? Creen lo que se les antoja.

—¿Y si al ejemplo vuestro no creen en nada?

—Y ¿qué?

—Pues se dirán: ¿por qué la señora es tan rica y nosotros pobres? ¿Por qué somos criados y no amos?

—0—

La señora se abanica con nerviosidad.

—¡Bah! estas son cuestiones...

—Pero... bastante importantes. Se plantea en todas partes por el país. Es lo que se pensados por vosotros que trabajan todos los llama el socialismo, el comunismo, el bolchevismo. Hay 70.000 maestros largamente recompensados por vosotros que trabajan todos los días. Hacen colonias de vacaciones. Acaban de sacar de los pequeños cerebros lo que ellos queda de atavismo religioso. Cuando todo esté laicizado, preparaos.

—Confieso que no veo la relación.

—Entonces volveré a ser preciso.

Es sin embargo claro como el agua de la fuente. Seguidme; si Dios no existe... si no hay vida futura... no hay sanción allá arriba... el bien y el mal no son más que meras palabras destinadas a engañar solamente a los imbéciles.

Los inteligentes dirán: Gocemos cuanto podamos. ¿Por qué no?

Para gozar es preciso dinero. ¿Qué no lo tengo? ¡Es tan fácil!... Basta comprar un revólver... una pistola. Después una noche al pasar por una encrucijada y caer sobre vuestra casa como si cayera en casa de vuestros amigos, dirá:

—“Apreciable señora: yo siento interrumpiros de esta manera en vuestro sueño. Pero tengo necesidad de 20 ó 30.000 francos. ¿Podría usted darme prontito, prontito vuestras sonrisas, vuestras llaves, vuestros collares, vuestra bolsa? Solamente os prevengo una cosa— si llamáis — tendré el sentimiento de levantaros la tapa de los sesos”.

Así en dos minutos el “Inteligente” se hace una fortuna.

Y yo os repito ¿por qué no? ¿Si Dios no existe?

Hay un silencio.

—Entonces, según Ud... replica ella.

—¡Oh!, no es según yo. Es según la lógica de todos los siglos. Es preciso o dejar a Dios en la escuela y en la sociedad y llevarle no por la escalera del servicio sino por la puerta grande y mostrarle a todas las clases sociales,

gritando: Este es el que tiene palabra de vida eterna. Esta es la piedra angular.

O de lo contrario acepta usted la ley del apache.

Es decir, la manifestación más frecuente de la fuerza bruta como en la época de las cavernas... però con los encantos de la civilización: el revólver, el estupetaciento, la caída del avión, etc., etc.

En este momento entra un doméstico, entra silencioso, trayendo sobre un plato algunas cartas y los periódicos de la tarde.

Mi parroquiana hace saltar una faja; y lee y en seguida me alarga el periódico. Era el del martes 24 de junio. Y he aquí los títulos que en seguida diviso:

Un individuo enmascarado, revólver en mano, desvalija un vagón postal.

Por cima había:

Un automovilista ha sido robado en el camino de Versalles por dos jóvenes de 18 años.

Y debajo:

Revólver en mano, un bandido ha desvalijado una caja de caudales en Burdeos.

Después de haber degollado su pequeña amiga, un joven obrero se ha arrojado por la ventana.

Y para terminar:

Un niño de 10 años ha muerto en Saint Amand (Cher), a su joven camarada, de una bala en la cabeza...

—0—

—¡Un niño de diez años!, murmura ella, desalentada.

Entonces me levanto. Pero en el pasillo de la puerta le digo a mi escéptica parroquiana:

—Apuesto con usted lo que quiera.

—¿Qué?

—Yo apuesto a que ninguno de estos desdichados han ido a misa el domingo último.

—¡Seguramente!

—¡Entonces..., concluid!

Pierre L'Ermite

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA ;
- * VESTIDO APROPIADO ;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA ;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliamos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

El Novio de Margarita

—Imposible, Margarita— dijo el Doctor.
—¿No lo comprendes? ¿No comprendes que cuanto ese muchacho nos dice más parece una novela que una verdad?

—Es bueno, Papá... yo nunca he pensado en juzgar lo que tú piensas, ni lo que haces... pero te rogamos recibieses a Williams y le oyases.

—¿Para que me relate su novela? En fin, por no disgustarte, niña perderé un poco de tiempo en oír a tu fantaseador en tanto que me fumo dos o tres pipas de buen tabaco.

Margarita se sonrió con la bondad en ella característica y salió del despacho gozosa por haber conseguido lo que se había propuesto: que su padre recibiera al joven inglés Williams Itford, con el cual ella había entablado conocimiento en casa de los condesa de Luserna, luego, por el trato, una discretísima amistad, y al cabo una honesta y sincera relación de simpatía amorosa.

El doctor Mario Doreña, aunque siempre había sentido en su corazón el nobilísimo deseo de estudiar para aprender, hallaba en sí mismo una invencible resistencia a la satisfacción de su deseo. La duda, ese infernal gusanillo, la duda permanente roía el ánimo de Doreña. Era éste, por ella, un hambriento cuya hambre jamás se aplacaba.

Estudiaba el Doctor una materia, y luego, cuando podía pensar haber adquirido un conocimiento... empezaba a dudar, y quedábase tan desconsolado como antes de haber hecho el trabajo para llenar su curiosidad.

Tal vez por esto era su carácter taciturno y agrio unas veces o burlón y satírico otras.

La pena que con esto producía a los seres que le amaban era grande y a esta pena pudo muy bien atribuirse la enfermedad de melancolía profunda e inquietud constante que lentamente había conmovido la existencia de su pobre esposa, la cual dejóle al morir una hija, Margarita, que, educada en un colegio de religiosas, vivía hacía pocos años con su padre, y también veíase ya atormen-

mentada por la tristeza que el escepticismo de éste la causaban, bien que contrarrestando esta tristeza con los impulsos de juvenil alegría, tan natural en una criatura de diecisiete años.

Williams Itford se presentó, al fin, en casa de Doreña.

Era Williams un muchacho alto, fornido y de fisonomía nobilota y simpática.

Con suma serenidad y dulzura manifestó al Doctor cuanto deseaba manifestarle. Dijo el joven que era muy rico, y sobre todo muy trabajador; que había recibido educación cristiana como católico, y que habiendo tratado a Margarita, cuyas hermosas cualidades admiraba, pedía al Doctor él, Williams Itford permiso, primero para ofrecer su amor a Margarita y después si ésta, como él deseaba, le admitía, pedir su mano.

Doreña estuvo cortés y expresó su agradecimiento; pero... llegábase a lo más importante... a los antecedentes del joven, a la novela.

—Yo, señor Itford... no puedo menos de molestar a usted en asuntos referentes a patria, familia... —dijo el Doctor.

—¡Oh! es muy natural, señor Doctor... He sido criado en el fondo de una mina de Escocia. Hasta hace muy pocos años, cinco no más, he permanecido en las hondas y obscuras minas carboníferas; aún no había visto la luz del sol. Mi padre, el ingeniero Sir John Itford, murió tres meses antes de que yo naciera; mi pobre madre, a las tres semanas de yo venir al mundo. Emma, mi nodriza, esposa de un capataz de las minas que mi padre había dirigido me llevó consigo a su morada, una caseta de madera que había sido construída en una de las galerías de dichas minas. Mi padre murió pobre por mil causas, todas honrosas, que sería prolijo referir. Emma y su marido, trabajadores notables, dotados de la virtud del ahorro, y además favorecidos por donativos importantes que como premio a servicios extraordinarios en varias ocasiones

les dió la Compañía, llegaron a poseer una considerable fortuna, la cual poco a poco, invertida en acciones mineras, les hizo millonarios. Retirándose del trabajo, salieron de la mina llevándose consigo a Londres. Hace un año murieron, dejándome heredero de toda su riqueza. He aquí mi historia. El señor Embajador de Inglaterra, al cual vine recomendado por un amigo suyo, el señor Embajador tuvo a bien presentarme a los señores condes de Luserna para que yo conociese la distinguida sociedad de Madrid. En casa de los señores condes he tenido la suerte de conocer a su hija de usted, señor Doctor... por esto y en esto se funda mi pretensión.

—Perfectamente, amigo... pero habrá usted de confesar que su historia sale de lo común, es una historia maravillosa...

—Me explico muy bien que usted tenga el deseo de informarse con todos los detalles posibles de la verdad de cuanto he dicho.

—Sí— replicó el Doctor, — es mi deber... pero además, ¿por qué no he de confesarlo? obedezco con esto a mi naturaleza. Soy incrédulo y desconfiado por temperamento; no creo en nada, ni en lo humano ni en lo divino.

—¡Oh, qué horrible estado! Nunca me vi en él, señor Doctor... Educáronme personas muy religiosas. Los mineros católicos teníamos en la mina una capilla y un sacerdote; éste supo inculcarnos en el alma las verdades religiosas; pero mi falta de credulidad referíase al mundo que me decían existía sobre las minas. Los mineros me decían que había tierra roja, blanca, gris, amarilla; que en ésta crecían los árboles unos como postes que nacían en tallitos y engruesaban y crecían y echaban hojas y flores y frutos; que las aguas no eran oscuras como la de los lagos carboneros, sino transparentes y cristalinas; que volaban por los aires aves grandes y pajarillos de mil colores y cantos dulcísimos; que había flores variadísimas, y sobre todo hablábanme de lo que yo ni comprendía ni podía creer. ¡Oh! yo no podía formarme idea de nada de cuanto me hablaban... sentía una rebeldía invencible a creerlo... ¡Ah! cuando vi este mundo her-

mosísimo de la luz, ¡cuán maravillados quedaron mis sentidos!... Pues bien, creo firmemente, por las diferencias inmensas que existen entre este mundo de que gozo y el tenebroso mundo en que me criaron, creo que este mundo de ahora, tan admirable para mí, es un mundo de tinieblas comparado con el mundo que Dios nos promete querido señor Doctor. Si yo me atreviera, daría a usted la explicación de lo que a usted le ocurre... es decir, que la causa de la terrible enfermedad que le aqueja...

—Hable usted, hable usted.

—Pues bien: usted estudia, y estudia fríamente; no ha puesto jamás en el estudio su corazón... ¡No, no ha amado! La fe es amor, y el amor es fe... El que ama jamás desconfía del ser amado... Por tanto, nada tiene de particular que usted dude de Margarita...

—¿De Margarita? ¿Cómo? ¿que yo desconfío de Margarita? No, no... ciertamente es lo único que creo...

—Porque es lo único que usted ama.

II

Cantad pajaritos, a la primavera en el jardín de Margarita, en tanto que ésta, ayudada por su padre recoge flores para formar dos ramos que han de colocar en el altar de la Virgen.

Doreña ha sido conquistado a una vida más elevada, a una excelsa vida del alma por el amor de sus hijos... La duda en él no es ya más que una de las maneras mentales de hacer funcionar su raciocinio en las cosas sometidas a los sentidos y a la razón, no en lo que hace referencia a lo suprarracional...

El amor que él tenía a Margarita, ¿había de ser el único amor que existiera en el mundo? No, el amor de Dios a sus criaturas era la fuente de todo amor. Desde que Williams y Margarita se habían casado, el cariño de ambos redimieron por completo al Doctor, librándole del demonio de la incredulidad e infundiéndole por la caridad, que es amor, la esperanza y la fe.

José Zahonero

NOVELA

zaron en su ilusión y que no llegaron a ser pronunciadas. No fué necia e imbécil al romper de aquel modo la trama sutil de su tela de amores, el dulce gorjear del ruiseñor de cariño? ¿Qué exaltado sentimiento se adueñaba de su alma, que clamaba muy hondo dentro de ella por el amado a quien ella ahuyento con secas y desabridas palabras? Sorprendente emoción fué adueñándose de su ser al solo pensamiento de poderle ver con ella de rodillas allí, en la capilla que guardaba a restos sagrados de sus ascendientes, saludando con fervor el natalicio del Divino Niño a la primera campanada de la medianoche, cuando la voz del sacerdote cantase un poco trémula el "Gloria" que los ángeles anunciaron a los hombres... ¡Oh, dulce y loco pensamiento! Le llamó, sí; le llamó con todas sus fuerzas, con el alma fundida en su deseo.

—¡Ven...! —murmuró muy bajito.

Era noche cerrada, noche... y oscura... Un resplandor suave bajaba del presbiterio donde ardían continuamente las grandes lámparas de plata. El viejo reloj de la caja de la sacristía se desgranaron explayosamente seis lentas campanadas. Y entonces, bajando las gradas del altar mayor, vió Sol venir un hombre... ¿Lord Ratteley? No; el Capitán Terrible hablaba con Ana en el cancel y, además, el hombre que avanzaba no se parecía en lo más mínimo a ninguno de los jóvenes que había en Harwing-Castle. Alto, elegante, prócer, su gentilísima cabeza destellaba ahora entre las altas tallas de los sillones del coro que estaba atravesando y la escasa luz de las lámparas ponía fugaces destellos en su magnífica cabellera leonada. Quienquiera que fuese el caballero desconocido iba en derechura hacia ella. Sol le vió acercarse y precisó los pormenores un poco extraños de su indumentaria. Vestía un traje azul marino de yachtman con botones dorados. ¿Era un oficial de Marín? De pronto, el hombre pasó junto a Sol sin mirarla. La luz de una vela encendida en un candelabro cercano dió de lleno en la cara seria y grave del desconocido, que pasó rozándola en dirección

al cancel. Sol dió un grito de espanto: aquel hombre era Freddy Harwing.

Al oír el grito de la muchacha, Mary se volvió rápidamente desde el presbiterio donde daba los últimos toques a un soberbio paño de altar, y lord Ratteley con lady Ana cruzaron en dos saltos la corta distancia que les separaba del sepulcro sobre cuyas tallas náuticas se apoyaba Sol, pálida y nerviosa. A las insistentes preguntas que se le dirigieron, vióse muy apurada para contestar:

—He visto a un hombre..., a un hombre vestido con un traje de marino, que ha cruzado el coro y ha pasado por mi lado para salir al cancel — declaró al fin, con una risita nerviosa.

—¿Al cancel? No es posible; usted se equivoca, señorita Olarriaga — negó lord Ratteley. —Lady Ana y yo obstruímos por completo la puerta y no ha podido pasar ese individuo sin notarlo nosotros, es más, sin rogarnos que nos apartásemos a una orilla...

—¿Y no tiene la capilla otra salida? — preguntó Sol, turbada.

—No, querida — aseguró Mary; — no hay más puerta que la del cancel.

—Debe haber sido un efecto óptico, una alucinación... Ha trabajado usted mucho hoy... y la capilla es un lugar que impone con sus mausoleos, su oscuridad y su silencio. Vámonos de aquí. ¿No se ha concluido ya? — dijo con cierta impaciencia lord Ratteley. Salvaron la puerta y el joven cerró con dos vueltas de llave. Hacía frío y tornaban a caer menudos copos de nieve. Sol temblaba tratando en vano de dominar una excitación que el Capitán Terrible percibía claramente por los ligeros estremecimientos del brazo de la muchacha, apoyada en el suyo. Sin hablar más de lo acontecido cruzaron el parque, espantando a los gamos noctámbulos las risas de lady Ana. Pero cuando Sol se vió en la plena luz del hall, bajo la mirada escrutadora e inquisidora de Mary, no pudo resistir el impulso de confiarse a ella y, enlazándola por el talle cuando subía a sus

aposemos a vestirse para la comida díjola todavía muy impresionada:

—Piense usted lo que quiera de mí, Mary. Pero el hombre vestido de marino que yo acabo de ver cruzar la nave de la capilla es ... Freddy Harwing.

Mary Dudley se le quedó mirando con muy sincero asombro, pero tuvo suficiente prudencia para no preguntar. Al dejarla en la puerta de sus habitaciones, advirtió a Jeanette, que estaba preparando el traje de su ama:

—Sirva usted una taza de tilo a la señorita de Olarriaga, Jeanette, con un poco de jarabe de azahar. Ha trabajado mucho esta tarde y está un poco nerviosa.

Cuando se encontraron otra vez en el comedor, todo parecía olvidado. Sol vestía un maravilloso traje azul porcelana y sonreía gentilmente a las galanterías de Jaime Sharton, que logró colocarse a su lado. Lady Harwing presidía la mesa con lord Beaton a la derecha y sir Grahams, a su izquierda. Tras ella estaba el majestuoso mayordomo dirigiendo el servicio y, en la sombra del gran testero colgado de tapices, un lienzo del Ticiano y otro de Sargent miraban con sus ojos impasibles la escena señorial. El del Ticiano era un caballero isabelino con rizada gorguera, un Denizil Harwing que fué extraordinariamente inteligente y enérgico, y a quien la reina virgen hizo matar porque no quiso someterse al protestantismo. El otro era un retrato del actual lord Harwing hecho cuando apenas contaba veinte años y heredó el título por fallecimiento de su padre. Uno y otro se asemejaban notablemente, pese al tiempo que separaba las fechas de sus nacimientos y a los entronques que pudieron disfigurar el tipo inicial de los Harwing.

Sol, al mirales, continuó sintiendo la extraña impresión que la dominara una hora antes en la capilla. Hubiese jurado sin vacilar que el duque de Stevart estaba allí, oculto en cualquier ángulo en sombras, si lady Harwing, contestando a una pregunta de una de sus invitadas no hubiese dejado caer amablemente estas palabras que derrocaban todas sus fantasías:

—¿Freddy? Bien, muchas gracias. Esta ma-

ñana tuve un radiograma felicitándome las Navidades. Está en Port Said a bordo del *Volga*.

.....

Después del té, Sol se retiró un rato a su habitación. Tenía necesidad de reposo luego del partido de tennis muy reñido que jugaron terminando el almuerzo y de las locas carreras por el estanque helado, volando sobre los patines. Y dentro de una hora el gong llamaría apremiante y ronco, vendría su doncella, la vestiría un traje deslumbrante como todos los que la generala le compró en París y tendría que bajar a comer primero y a bailar más tarde. Porque ninguna había olvidado que aquella noche se celebraría el famoso baile de Año Nuevo y que a las doce en punto había que comerse las uvas.

Sol sonrió un poco triste pensando en el baile; seguramente haría un papel ridículo si la obligaban a bailar aquellas danzas extravagantes cuyo ritmo desconocía. Hasta ahora, en las reuniones familiares, cada vez "la radio" les brindaba un bailable y la gente joven se aprovechaba entregándose a hacer contorsiones con ardor, Sol se había excusado con distintos pretextos, pero temía mucho que la obligasen estos días de final de año en que toda la juventud de Harwing-Castle parecía tocada de locura.

La tarde se iba, gris y ventosa. Sol abrió el ventanal y se sentó en el alféizar procurando ver el mar entre las ramas de dos alerces que se entretejían en arco delante de ella.

El océano germánico ronco y salvaje, tenía oscuros rumores de amenaza; se oía el chillido de las gaviotas y se las veía cruzar dando volteretas sobre la alterada superficie líquida hasta encontrar sus cobijos en los acantilados de la orilla. Un fuerte olor a resaca, a mariscos y algas, cosquillaba en la nariz de Sol, cuyas aletas se distendían ansiosas, al contacto húmedo y salado del aire marino. Nada, ni cerca, ni lejos, ponía una nota que tronchase la monotonía gris del mar y el cielo. Hundida en la calma augusta y majestuosa

de este anochecer hinchado de amenazadores ruidos sordos, Sol se sacó de un cajoncito de su tocador el rosario y, recogida, rezó en fervorosa comunión con Dios, rogando a la Virgen. ¿qué rogaba? Ni ella misma lo sabía, porque, ¿qué era aquel anhelo misterioso que ponía en su corazón la fiebre de un deseo inexplicado?

Terminaba ya las tres perezas, cuando volvió a dirigir la vista al mar. . . Allá en el horizonte, impreciso aun en la lontananza, se esfumaba entre la grisura del mar y del cielo la borrosa silueta de un velero. Sol no se asombró. Varias veces había visto pasar algunos, muy alejados siempre. Rezó la salve y empezó la letanía. ¿Era alucinación, efecto de luz, quizá? . . . Parecía que el velero estaba muy cerca y que además de sus blancas velas una chimenea se empenachaba de humo. Después creyó verle cambiar de posición y avanzar en línea recta al castillo con una velocidad que le hacía destacarse cada vez más cerca entre la semipenumbra del crepúsculo, como un buque fantasma.

Había concluido Sol de rezar el rosario y aun continuaba mirando fijamente el barco, atraído por él con una fuerza hipnótica. Era ya noche cerrada; un viento cada vez más persistente y molesto, cada vez más húmedo, se dejaba sentir; ya ni chillidos de gaviotas se oían; sólo el grito característico de los pavos reales que oteaban desde las alturas de los tejados y el ronquido áspero del mar, a cada instante más concentrado y amenazador.

En el barco se encendían luces; luces que titilaban como luciérnagas embelesando a Sol con el encanto de una danza fantástica mientras la embarcación continuaba en línea recta, con su gran farol encendido a proa, tan enfilado a Harwing-Castle, que en algunos momentos sus destellos hirieron a la observadora en los ojos hechos a las tinieblas.

La llegada de un barco a las costas de Harwing no era cosa frecuente, pero tampoco era nada insólito ni anormal. Simpson le había dicho que alguna vez solían atracar para cargar madera cuando en los espesos bosques del dominio se hacían talas. Indudablemente, aquel buque fantasma venía para recoger un

cargamento de troncos de hayas, pinos, robles o alerces.

En esto, Jeanette entró llevando en la mano un rico vestido de color de rosa y un estuche de joyas.

—¡Oh, mon Dieu! —exclamó toda alborotada al ver a su joven señorita tranquilamente sentada en el alféizar del ventanal tomando el fresco, ni más ni menos que como pudiera tomarlo en una calurosa noche agostea.

Sol saltó al suelo, un poco avergonzada de haberse dejado sorprender en pleno ensueño, y la doncella se apresuró a cerrar los abiertos vitrales. Aquella noche, Sol se mostró descontentadiza y difícil en el atavío personal, cosa que desconcertó por completo a la camarera, acostumbrada ya al carácter acomodaticio de su señorita; sin duda sería con motivo del gran baile y de milord Ratteley. . . , del cual se murmuraba entre la servidumbre del castillo que andaba flechado por la española. Y como el arrogante Capitán Terrible no era de despreciar por ningún concepto, Jeanette creía de muy buena fe que era él el causante del trastorno de su joven ama. Rechazó el traje rosa y pidió uno verde jade que era una maravilla, el cual, después de tenerlo puesto, hubo de cambiarlo por otro completamente blanco con el que hubiese parecido una desposada si el talento artístico de Jeanette no rompiera la uniformidad con el toque de una preciosa dalia crisantemo color coral que a toda prisa fué a coger al invernadero. Menos mal que al primer toque de gong tardó mucho rato en suceder el segundo. Sol miró, al oírlo, el relojito de bronce colocado en la repisa de la chimenea y vió que las finas saetas marcaban las siete. ¿Las siete? Era precisamente la hora de la comida. Debía haberse retrasado; sin duda por alguna causa mayor. Tal vez lady Harwing guardase esta cortesía a algún invitado de alto copete, pero de todas maneras no dejó de extrañarle, porque la exactitud era de una precisión militar en el castillo.

En esto, la generala, de gran toilette, irrumpió como un torbellino en la salita de Sol, seguida de Teresa, que la traía la capa de pieles, el abanico, los guantes y un pañuelito. La muchacha creyó que su tía iba a echar un vistazo

a su vestimenta de neófita como solía hacer casi todas las noches, pero no bien hubo puesto los pies en los dominios de su sobrina cuando despidió a las dos sirvientas con una frase conminatoria que no admitía dilación, y luego de seguir las hasta la antecámara, porque no se fiaba de que la francesa se quedara a escuchar detrás de un *portier*, y de cerrar por sí misma con pasador la puerta por donde salieron las fámulas, volvió hacia el gabinete de Sol con tan claras muestras de azoramiento y de inquietud que la muchacha se sobresaltó.

—¿Qué hay, tía? Me está usted asustando con todo este lujo de precauciones.

—Sí, ¿eh? Pues prepárate, que aún vas a asustarte más cuando sepas lo que se nos viene encima.

—¿Lord Ratteley ha pedido mi mano? —preguntó Sol entre broma y veras. —¿Es ésa la catástrofe?

—Eso no sería ninguna catástrofe, porque el Carlán es un muchacho muy agradable —dijo nerviosísima doña Carlota— Figúrate que hace un rato he oído pasos presurosos por el corredor y he preguntado a Teresa que entraba a vestirme si sabía ella a qué obedecía aquel trajín Teresa me ha dicho que acababan de llegar unos señores y que estaban subiendo el equipaje.

—Eso no tiene nada de particular —intentó tranquilizar Sol.—Ya sabe usted que Harwing-Castle es una casa muy hospitalaria y que lady esperaba todavía algunos invitados que no pudieron venir para Navidad.

Bueno; pues eso mismo pensé yo. Y acabé de vestirme tranquilamente, cogí un libro, me arrimé a la lumbre de la chimenea y me dispuse a esperar el segundo aviso del gong para venir a recogerme. Pero, hija, me hice vieja aguardando.

—Sí, han tardado mucho a tocarlo. Yo también lo he notado.

—Y ahora, ahora mismo, he recibido un recado de María Teresa avisándome que hasta las ocho no se servirá la comida porque "su gracia el duque de Stevart y lord Dundley acaban de llegar y están vistiéndose para comer". Así ha dicho, ni más ni menos, ese

majestuoso personaje que salió a recibirnos a la estación: Simpson. ¿Es Simpson?

Sol se había quedado como alelada; su leve matiz color de rosa se había trocado en la cerúlea palidez del sobresalto... Y miró a la generala con expresión ambigua, cual si no entendiese bien lo que acababan de decir.

—Los santos Inocentes han pasado ya tía —intentó sonreír— y la broma convendrá usted conmigo en que es un poco pesada...

—¡Qué más quisiera yo que fuera broma! —dijo con desaliento doña Carlota—. Estoy desolada, Sol, contrariadísima. De todas las sorpresas que pudiera yo esperar, ninguna tan inesperada y desagradable como esta jugarreta de ahora. ¿Quién se había de figurar de un hombre, que estaba en Port Said el día de Nochebuena, que había de presentárcenos sin decir esta boca es mía para la cena de Año Nuevo, igual que un diablo por escotillón en una comedia de magia?... Bien dicen que anda algo tocado.

—Y yo, tonta de mí, que he visto llegar el yate desde esa ventana y creía que sería un velero de los que cargan madera... —murmuró la joven, abatida—. Y sería él. ¡ya lo creo era él!

¿Por qué, pese a su aparente contrariedad, había una alegría loca e impetuosa en su voz? Pero la generala no lo advirtió; no estaba para menudencias. Sentíase tan sinceramente contristada por lo que ocurría que no sabía sino deshacerse en lamentos.

—Y pensar que hemos tomado toda clase de precauciones para evitar su presencia para venir ahora a toparnos con él de un modo tan violento y difícil... Porque ¿con qué excusa admisible levantamos nosotras el vuelo sin dar que sospechar a toda esta gente? ¡A buena hora vengo yo a Escocia si llego a sospecharme!... Sol, hija de mi alma, no creo que se te ocurra pensar que aquí ha habido pasteleo de mi parte, ¿eh? —imploró angustiada la buena señora.

—¡Qué disparate! ¿Cómo podría pensarlo? —¿Y él? Con tal que no crea él por su parte que todo esto ha sido una combinación.

—No puede creerlo y si lo creyese, no sería

lord Harwing el perfecto caballero que yo he conocido en Olarriaga.

Sol, por una brusca reacción de su orgullo, percibida de la necesidad de salvar dignamente la situación, salió de su apática timidez con un esfuerzo enérgico y, por primera vez desde que vivían juntas, dominó con su voluntad serena la decaída fortaleza de doña Carlota.

—¡Ea, tía, no se preocupe usted de esa manera! No ha pasado nada que valga la pena de inquietarnos hasta este extremo. ¿Qué ha llegado Freddy y me encuentra en su casa? Su madre le dará la explicación: yo vine porque ella me lo rogó. No puede pensar nada ofensivo contra mí. Tanto peor para él si lo pensara. ¿Qué la vida nos reúne después de tantos esfuerzos por huirnos? Dios sabrá por qué lo dispone así. Un día u otro debíamos encontrarnos y ha llegado ya. Ahora no hay más, sino afrontar dignamente la situación. Con que no se hable más. Aquí tiene usted sus guantes y su abanico... Venga y la ayudaré a ponerse la capa, que hemos de recorrer un buen trecho y las escaleras y los pasadizos están muy helados.

La generala se levantó como si le hubiesen puesto una inyección reanimante.

—Pero... ¿y tú? ¿Te has mirado al espejo, criatura? Estás sin color; blanca como una muerta.

—¿Y para qué es el colorete sino para estos trances?

—Se echó a reír Sol, mientras discretamente ponía una leve sombra de carmín sobre sus mejillas, de ordinario como dos rosas.

—¡Vaya por Dios! —suspiró doña Carlota mientras seguía los movimientos del esbelto cuerpo de Sol que ante el espejo se envolvía en un abrigo blanco guarnecido de armiño.

Y admirada ante la serenidad con que la muchacha salía al encuentro de los acontecimientos, se cogió a su brazo para bajar las escaleras. Entonces notó la muchacha que doña Carlota estaba temblando a consecuencia de su gran excitación.

—Pero, por amor de Dios, tía...

—Sí, hija, sí; pero no puedo remediarlo, y lo que más me apena es que toda la culpa la

tengo yo, que bien recuerdo que tú no querías venir. Parecía que te lo daba el corazón. Pero, descuida, que ya me reharé antes que entremos en el salón.

Al entrar en él, estaba en apariencia completamente tranquila. Lady Harwing no había llegado aún, ocupada en ultimar pormenores de su tavió que la llegada del hijo interrumpió. En el centro de la vasta pieza un muchacho alto, flaco y arrogante, correctamente vestido de etiqueta, peroraba en medio de un apretado cerco de oyentes; y tan embebidos andaban todos que ninguno puso atención en la entrada de las dos señoras. Entonces, Sol, con una presión de brazo, detuvo a la generala y quedaron paradas escuchando por no ser menos, las razones de lord Dundley, que no era otro el orador.

Al abarcar con su mirada la estancia Sol percibió de espaldas a ella, apoyado en la cornisa de la chimenea, la silueta inconfundible de lord Harwing que conversaba con el viejo lord Beaton sin prestar atención al pintoresco discurso de su primo... ni a las insinuantes miradas de Bella Lawrence, que se apartaba un poco del círculo de oyentes. Sol sintió un ligero desfallecimiento, pero no era hora de ceder a las flaquezas, sino de dominarlas, y como actriz cuidadosa que sabe a maravilla su papel, compuso la expresión alterada de sus ojos y de su sonrisa y volvió a ser... la doña Sol de siempre. ¿Quién podría adivinar el oleaje de emociones que hinchaban aquella alma bajo la sonrisa trivial y la mirada indiferente?

—¿Qué está diciendo ese imbécil? —guiñó doña Carlota a quien todo le caía mal aquella noche.

El imbécil era lord Dundley.

—No, queridos amigos míos... —declaraba el joven lord; —no hemos sido llamados por el Gobierno, para ser encargados de una misión difícil, ni por una cartita perfumada, ¡qué más quisiéramos nosotros!, de alguna linda mujer, ni por un radiograma de la duquesa de Stevart, mi ilustre tía... ¡nada de eso! Hemos venido obedeciendo la orden de un impulso interior...

—A ver, a ver, explica eso, Dundley —dijo entre el corro una voz de hombre.

—Sí, señoras y señores: Estábamos lord Harwing y un servidor descansando en Port Said de las fatigas de una excursión por Egipto, y muy dispuestos a pasar las Navidades en el mar... , quiero decir a bordo del *Volga*, cuando el día de Nochebuena por la tarde el Duque sintió repentinamente el deseo imperioso de reintegrarse a Inglaterra... Las causas que hayan podido determinar tan rápida mudanza en el ánimo de lord Harwing, las ignoro, pero ahí lo tenéis si deseáis pedirle alguna explicación. Yo sólo sé que el día de Nochebuena, hacia las seis de la tarde, el Duque dió la orden al capitán de su yate de poner proa hacia Europa y que hace un instante hemos desembarcado en las áridas costas escocesas teniendo el placer inmenso de saludaros. Es posible que alguna bella lady... de la quí presentes... ; no te sofoques, Bela, que no he nombrado a nadie!, haya pensado en lord Harwing con cierta intensidad en el preciso momento en que él se sintió tan fuertemente atraído hacia Harwing-Castle, en cuyo caso se simplificaría mucho el asunto porque todo quedaría reducido a una trasmisión de pensamiento.

Mary Dundley, al oír estas palabras, miró significativamente a Sol, y sus miradas se fundieron comprensivas; pero lord Dundley había visto el movimiento de su hermana y seguido la dirección de sus ojos; y así fué como los suyos se detuvieron perplejos y asombrados en la gentil persona de Sol, que en aquel punto enrojeció hasta las orejas sin ayuda y sin necesidad de colorete. Fué tan expresiva su actitud de asombro que todos los ojos del corro fueron curiosos desde él hasta la deliciosa figura de la señorita Olarriaga, cogida aún del brazo de su tía.

—Por Júpiter —exclamó desconcertado lord Dundley—. ¿Es que doña Sol de Alava se ha salido del marco para cenar con nosotros?

Una carcajada general acogió el asombro del joven, pero sus palabras habían llegado a oídos del duque de Stevart y de Olarriaga, el cual se había vuelto rápidamente hacia la muchacha.

—Pero, ¿qué tonterías estás diciendo?...

Iba a decir "Denzil", nombre de pila de lord Dundley, pero no pudo acabar la frase. Tal fué su emocionada sorpresa al ver que miraban los ojos de Soledad, la Soledad que conoció y amó en tierras españolas. Lo primero que brilló en los suyos, triunfante y magnífico, fué un júbilo apasionado e inmenso. Por fortuna, el loco Dundley, con su charla, impidió que la atención general se fijase en él al descubrirse el momento emotivo, tan propicio a interpretaciones, pero Bella Lawrence, enamorada, sí vió el destello inconsciente de pasión y ternura que exhalaban los ojos de lord Harwing al cruzarse con la luminosa mirada de Sol. Bella se mordió los labios, reciosa. Hubiese arañado a Sol de buena gana.

—Estoy diciendo, Freddy, que no valía pena haber perdido media hora empaquetando el famoso retrato de tu tatarabuela, ni la arqueta de marras... Bueno, y la arqueta aún ya que guarda los presentes que has de ofrecer en memoria de tu viaje a todas estas señoras y señoritas. Pero el retrato, ¿a santo de qué, si habías de encontrarte aquí con una carnal reproducción exacta de doña Sol de Alava? Perdóne usted mi curiosidad, señorita, pero... ¿es usted una Olarriaga, verdad? No puede ser de otra manera: tiene usted todo el tipo definido de los Olarriagas...

Lady Harwing, que entraba en aquel instante, se apresuró a hacer las debidas presentaciones.

—Mi prima, la condesa de Ricla; mi sobrina, la señorita Sol de Olarriaga.

Freddy se preguntó si veía bien, si no estaba entre las garras de una pesadilla. ¿Sol en Harwing-Castle? ¿Quién había domado a la fierecilla indómita hasta conducirla?... ¿Y era su propia madre, lady Harwing, quien la presentaba con toda naturalidad llamándola "mi sobrina Sol de Olarriaga"? ¿Qué habían descubierto acerca de su nacimiento, y cómo y cuándo?

Se necesitó todo el hábito del propio dominio, que Fred poseía en tan alto grado, para que sus emociones del momento no le vendieran.

Reposadamente, se acercó a saludar a doña Carlota y dió la mano a Sol, cordial y sonriente, pidiéndole noticias de Olarriaga, del administrador, de doña Margarita, de sus colonos y de sus pobres... los pobres que visitaron juntos. Pero ni aun la perspicacia de la generala pudo advertir un matiz de intimidad, un leve gesto de ternura, la impaciencia del deseo de aproximarse a Sol para departir de sus cosas en un aparte... Nada. Decididamente, Freddy había conseguido olvidar su "capricho" llamado al orden por el sentido común de Sol, o bien estaba tan herido en su orgullo por las calabazas de la muchacha que había conseguido forrarse de frialdad. Sol se preguntaba aturrida cómo podía mostrars el Duque tan indiferente, cómo podía sonreírle y cómo pudo estrechar su mano con aquella cordialidad familiar tan diferente de las últimas actitudes apasionadas que ella le conoció en Olarriaga durante el otoño luminoso en que se amaron. Si él la hubiese explicado; pero aquella actitud sin reservas, toda franqueza y cordialidad, le daba una impresión extraña: la de que jamás existió un tiempo en que él, Freddy Harwing, estuvo locamente enamorado de la pobre doña Sol. Y esto a ella le pareció una puñalada, porque de toda su vida el período en que con más amor se detenía en sus recuerdos, era aquel en que la figura y el nombre de lord Harwing aparecía siempre junto a los suyos.

Mientras respondía a las amables preguntas del Duque, llenas de cortesía, un descorazonamiento de bordante la invadía... ¡Bah! ¡Valiente tonta fué en creer que aun duraría el entusiasmo de Fred! Por el mundo había olvidado. Y después de todo, ¿no era eso lo que ella deseó?

Cuando el mayordomo anunció la comida, ofreció el brazo a su tía, la generala, y ella aceptó el de Denton Dundley, que parecía deslumbrado.

"¡Uno más —pensó Sol— ¡Qué fastidio de hombres!".

—¿Estás cansada, Sol? —preguntó lady Harwing acariciando la blanca mano que ha

venido a posarse en su brazo colgada y cariñosa.

—No, tía; no he bailado mucho — responde de la muchacha.

—¿Te gusta la fiesta?

—Estoy deslumbrada... ¡Qué maravilla!

Pero su voz vibra hueca al decir estas frases de encomio. La verdad es que ha procurado aturdirse bailando todos aquellos foxes, tangos y *one steps* esrafalarios cuyos tiempos la entrecan, pero no lo ha conseguido. Las ardientes galanterías de lord Dundley, inflamable y frívolo, la sencilla ternura siempre leal del Capitán Terrible y la silenciosa admiración de Jaime Sharton han caído sin producir eco en el hondo vacío de su alma. Hermosa, fría, indiferente a todo, ha sido, con su belleza magnífica y su aire de reina, la figura central del baile donde se ha sentido admirada, envidiada y amada, sin que todo este humo de vanidad haya trastornado su cabeza dolorida de tanto penar en ese enigma que se llama lord Harwing.

Ahora ha venido a sentarse entre su tía y la generala con el firme propósito de no bailar más en toda la noche. Desde allí, ve la silueta elegante de Freddy moviéndose en este marco en que ella no le conocía. Ahora, después de haber atendido a unas señoras mayores con su irreprochable cortesía de gran señor, baila con Bella que desborda de vanidad entre los brazos de él.

—¡Qué guapo chico a es tu hijo, María Teresa! —exclamaba sinceramente la generala.

—¿Verdad que sí? —se regocija la madre.

—Mucho. Es una gran muestra de las dos estirpes que se han fundido en él. Maravilla ver cómo es, sin discusión, un Olarriaga... y a la vez un Harwing. Ayer miraba yo ese retrato cuyo pintado por Sargent que hay en el comedor... Es notable; tu hijo es notable.

—¿No le parece a usted que hace muy buena pareja con lady Bella? —pregunta de pronto Sol a lady Harwing.

En la cara de ésta se traduce un gesto de desagrado.

—Sí... Bella es bonita, pero no es la mujer que requiere el tipo físico y moral de Fred-

dy. ¿No la ves que pequeñita es al lado suyo. Da la impresión de algo esmirriado y enclenque, y, con todo, es una muchacha normal, bien desarrollada y bien constituida... Pero él es tan alto, tan arrogante... Fíjate; ahora pasan bailando.

—Parece una muñeca —sonríe Sol—. Le llega al pecho.

Y piensa a la vez que lady Harwing no parece muy seducida por su parienta. ¿No dice la gente que es ella quien arregla el casorio? Vaya usted a saber... Todos los muchachos conocidos han bailado con Sol menos Freddy. ¿Es olvido o procedimiento calculado? De una forma u otra, la muchacha se siente humillada y dolorida. Ha terminado el vals. Bella, del brazo del Duque, ríe ahora como una loca y él, aunque le sigue la broma, tiene un fruncimiento de cejas que denota malhumor. Sol se entretiene en mirar los trajes, a cual más bonito, en contar las rosas grana de las guirnaldas de la alfombra, en escuchar el comienzo lento y apasionado de un nuevo vals que toca la orquesta y que probablemente será el último baile antes de la cena, porque van a dar las doce.

De pronto, una sombra cubre el trozo de alfombra cuyas rosas estaba contando. Levanta los ojos y tropieza con la miraba enigmática de Freddy Harwing, de pie ante ella, con una fría sonrisa.

—¿Seré tan afortunado que alcance aún este vals, Sol? —dice con perfecta cortesía—. Ya he visto que ha sido usted muy solicitada y me temo...

Sol siente impetuosos deseos de mandarlo a paseo, de decirle que está aburrida y no quiere bailar más y mucho menos con él; pero este brote de su rebeldía es estrangulado prestamente por su buen sentido, y dulcificando la voz y la sonrisa responde con una indiferencia amable que no tiene nada que envidiar a la gélida cortesía de lord Harwing:

—Sí, todos han estado muy amables conmigo, Freddy...

El nombre familiar, ¡tan dulcemente dicho por los bellos labios!, tenía el don de alterar un poco la fría corteza del galán. A impulsos de

una emoción fugaz, presto reprimida, aletea nerviosamente sus párpados. Continúa Sol:

—... y no pensaba bailar más porque... ¡me encuentro tan bien aquí, con su madre de usted y tía Carlota. Pero haré renuncia de mis comodidades en honor de usted...

—¡Oh! No; por mí no se moleste —ataja sin perder la tranquilidad el Duque—. A mí me es igual; si no quiere usted bailar, hágame un sitio a su lado... y hablemos.

—No —respondió rápidamente Sol— a esta hora ya estoy en pie. Bailemos.

Bailan. Sol no le llega al pecho como la muñequita de Bella Lawrence, sino que su arrogante cabeza se alza hasta unos cuatro dedos nada más por debajo del nivel de la de Freddy. Mientras bailan hablan, una charla trivial, sin matices. Bien claro se ve que el Duque la ha sacado a bailar tan sólo por cumplir un estricto deber de cortesía. Ella estaba preparada a padecer reproches, imprecaciones, frases violentas... pero, ¿esta frialdad desconcertante que humilla? Es tanto como decirle: "No vale la pena de enfadarse por tan poquita cosa como tú". Y toda la sangre de Soledad bulle en afrenta.

Acaban de bailar, la deja con Mary Dundley, se va en busca de lady Ana, ríe con ella... ¡Ay, señor! ¿Cuándo se acabará la dichosa fiesta? Y cuando a las tres de la mañana se ve por fin envuelta entre las sábanas, deja caer su pobre cabeza en el cojín y llora... llora sin consuelo.

—Hipando un sollozo, el sueño la sorprende. Y no sabrá nunca que en la misma ala del edificio la luz no se apagó en una estancia hasta que la aurora llegó con nuevas claridades, y el guarda que hacia la ronda nocturna pudo ver a través de la transparente tela de cortinaje de muselina, la silueta alargada y grotesca de un hombre que iba y venía en furiosos paseos para detenerse al fin ante un caballete que sostenía un retrato.

Y si el guarda hubiese sido tan suspicaz como doña Carlota, sabiendo que aquéllas eran las habitaciones de lord Harwing, hubiera deducido en consecuencia que el lienzo era el retrato de doña Sol de Alava. (Continuará).

El color es clave para algunas emociones

Hasta hace unos cuatro años las empleadas de un importante almacén de Toledo tenían prohibido vestir otros colores fuera del negro y azul marino. Entonces vino un nuevo gerente, y uno de sus primeros actos fué levantar las restricciones anticuadas acerca de los vestidos de los empleados. Amarillo oscuro, castaño, azul pardo y pardo fueron añadidos a los otros tolerados e inmediatamente el ánimo para trabajar fué en auge. Quitada la uniformidad, los empleados y las vendedoras comenzaron a hacer un trabajo más expedito, sus ventas subieron y toda la atmósfera de la tienda vino a ser más activa y amena. Los resultados fueron tan satisfactorios, que al poco tiempo fueron abolidas todas las restricciones respecto a los colores, aun la antigua estipulación de no usar los colores de rosado oscuro o rojo en las uñas. El gerente decidió que pues la mayor parte de la gente usara esos colores, ellas también podían emplearlos. Su parecer fué comprobado espléndidamente por la experiencia, y ahora más bien se exhorta a usar esos colores que antes se impedían en el establecimiento.

La facultad del color para excitar determinadas emociones y el empleo practicado para ese fin son hechos tan antiguos como la historia. Los eruditos han descubierto recientemente que el uso de huevos coloreados, que nosotros asociamos con la Pascua, se remonta hasta quizás el año 5000 antes de la era cristiana, cuando los Parsis tenían la costumbre de enviarse mutuamente huevos coloreados en las cremonias de primavera para celebrar el principio del Año Nuevo. Aún no se habían inventado los colorantes de anilina; pero algunas de las antiguas materias coloreantes todavía se usan en nuestros días. Por ejemplo: la cochinilla era empleada para el rojo, espinacas para verde, azafrán para amarillo, y la parte exterior de la corteza de la cebolla, para el color de maíz. Todo esto y centenares de casos semejantes confirman la verdad de que el color es capaz de afectar las emociones del hombre, ahora ay casos históricos en los

cuales el color ha llegado a producir perturbaciones hasta un grado de exageración.

Un ejemplo muy raro ha sido el hecho recientemente publicado por algunos periódicos, de una extraña queja introducida ante los Comisarios de la Ciudad por los residentes de cierta vecindad de Camden, New Jersey. Según parece, esos vecinos reclamaban urgentemente contra el color de una casa de dos pisos recientemente pintada por uno de sus inquilinos. Su color, según ellos, afectaba la salud y se pedía a los Comisarios que se obligase al propietario a que cambiare. La queja decía en una de sus cláusulas: "El edificio es brillante y llamativo amarillo, con letras en rojo y negro, y refleja un horrible y morboso resplandor de luz amarilla frente a las casas del otro lado. Produce un perjuicio que pone en peligro la salud física y el equilibrio mental". Hasta ahora no se han recibido noticias del éxito final del caso, pero es una muestra de lo que el color puede producir, no sólo a un individuo sino a toda una comunidad.

Seleccionados por mera casualidad de sin número de casos en este vasto campo pondremos los siguientes:

En China el color de los tejados designa el uso de los edificios. Amarillo designa un establecimiento comercial; pardo, una morada civil; verde, un edificio oficial, y así sucesivamente. El blanco por el contrario, es símbolo de luto. Las moradas extranjeras pintadas de ese color se consideran como de mal agüero y tienen que pintarse de otro color o sufrir las consecuencias. Un Café llegó más que a doblar sus ventas de ensaladas sólo por servir las en platos verdes en lugar de blancos.

Los huevos blancos se venden mejor en recipientes con listas azules. Los huevos de color subido al contrario se venden mejor cuando sus cajas están listadas de blanco. En 1938, cuando Alonso Stagg era entrenador de football de la Universidad de Colombia, tenía en cuenta la psicología del color para arreglar los vestidores. Para el salón donde ello estudiaban y descansaban, escogió un suave y sedante

azul; pero para el otro donde se tenían las sesiones candentes, él seleccionó y con mucho resultado un estimulante rojo.

Según el Dr. Matthew Luckiesk, Director de la Investigación sobre Iluminación en la General Electric, los colores tienen un diverso grado determinado efecto estimulante. Tomando la luz blanca como 110 por ciento, los experimentos mostraron que se inducía una multiplicada actividad muscular con las luces coloreadas en el orden siguiente: Azul registró 104; verde 121; amarillo, 130, anaranjado, 159; rojo, 187.

Desde este mismo punto de vista la Asociación Nacional de Pintura, Barniz y Esmalte recientemente colocó el "efecto psicológico" de los diversos colores en el siguiente orden: el Rojo es altamente estimulante; el Azul es seda vivo; el amarillo exhalante; el verde es al mismo tiempo calmante y exhalante. De otra parte de su investigación dedujo las conclusiones siguientes: Los atletas prefieren el rojo, los intelectuales gustan del azul; los egoístas se glorían en el amarillo; los joviales gozan con el anaranjado; mientras que los enamorados toman partido por el carmesí.

Hay muchos casos registrados de cómo los colores modifican las sensaciones de frío y calor. Un ejemplo típico ocurrió en una fábrica cerca de New York, donde el color de la principal oficina se cambió de un placentero amarillo a un azul claro. En el otoño, la oficina se volvió a pintar y con el tiempo más frío del invierno vinieron las quejas de frío de parte de los empleados. La temperatura se mantenía a 72 grados como en tiempos anteriores; pero cuando se aumentaba hasta 75 grados, los estenógrafos y empleados se quejaban y llevaban los sweaters durante el trabajo. Entonces alguno sugirió que fuese restablecida la pintura amarilla; y después que esto se realizó, los 75 grados resultaron demasiado calientes.

EL USO DEL COLOR CONVENIENTE

¿Puede hacerse mal uso de los colores? La posibilidad existe, y en efecto se usan frecuentemente mal. Un conocido empacador de carne

enviaba al mercado sus jamones en una envoltura que llevaba cuatro y cinco colores en la marca de fábrica. Vuelta a dibujar por un experto y reducida a dos bien seleccionados colores, el ahorro total del primer año llega a \$ 17.000 y en diez años las ventas aumentaron en un 10 por ciento.

Las sopas de la Underwood Co. eran marcadas con etiquetas de tres colores, incluso letreros de oro. Estos se cambiaron en 1938 a una nueva etiqueta trabajada en una combinación científica de rojo y dos variedades de azul, y por el año de 1939 las ventas habían aumentado en 50 por ciento.

Una importante compañía eléctrica, hace algún tiempo, perdió una orden sudamericana de un cuarto de millón de dólares de planchas porque uno de los directores, ignorante de la importancia del color, pensó que los manubrios negros habrían de llenar su cometido. Un competidor, sabiendo que el mercado sudamericano prefería los manubrios rojos y de cierto rojo en especial le arrebató la orden.

Los pueblos latinos (españoles, italianos, balcánicos, sudamericanos) prefieren los colores calientes; los escandinavos y tipos nórdicos se inclinan a los matices fríos. En la América del Sur el rojo es el rey. La investigación nos ha hecho saber que los jóvenes gustan del rojo, anaranjado y amarillo, los más avanzados en edad favorecen el azul y verde.

Un fabricante de instrumentos de labranza y jardinería decidió poner pintura en sus productos. Cuando usaba verde, sus ventas aumentaron 10 por ciento. Usando azul aumentaron 30 por ciento; pero cuando usó los mangos rojos, alcanzó una venta mayor en 60 por ciento.

¿CUANTOS SON LOS COLORES?

Para una persona ordinaria, el rojo es rojo. Y sin embargo lleva estos 22 diferentes nombres: granate, cereza, geranio, color de melón, fresa, escarlata, bermellón, cárdeno, frambuesa, rubí - sangre, carmesí, rosado; tomate, arándano, carmín encarnado, clarete langosta, y pimienta.

¿Cuántos colores hay? Nadie lo sabe. Los diversos cálculos varían desde algunos millares hasta la suma de diez millones recientemente establecida en teoría por el U. S. Bureau of Standards.

Faber Birren en su obra "The Story of Color" dice que las personas ordinariamente no pueden nombrar sino unos 30 sin ayuda de adjetivos. Y aún es más insignificante el hecho de esos 30 solamente unos 18 pueden ser nombrados de tal modo que con alguna seguridad puedan los demás figurárselos con una aproximación no tan remota. Esos 18 son: rojo, anaranjado, amarillo, violado (púrpura), rosado, encarnado, rojo oscuro, castaño, moreno, amarillento, blanco, gris; negro oro y plata. Hasta en el menos importante ramo de sobres y en su uso, el color juega un papel dinámico y dramático. Una carta por ejemplo, enviada en un sobre blanco atrajo un 4 por ciento de respuestas... que es una buena proporción. Pero cuando la misma carta fué enviada a otro grupo de la misma lista comercial en sobre rosado, consiguió un 17 por ciento para el fin de dos semanas, y al fin de las tres semanas, había aumentado hasta el 25 por ciento.

Cuando una compañía de semillas cambió las páginas de su catálogo de los colores blanco y negro al colorido, el término medio de las ventas aumentó en la proporción de un dólar a nueve dólares.

Calumet Baking Powder Co. encontró que cierto anuncio en blanco y negro producía un interés en ser leído el 2 por ciento. Reproduciéndolo en cuatro colores, el interés del lector dió un salto y aumentó hasta 77 por ciento. Y en ese grupo el 54 por ciento leyó las recetas del ejemplar enviado.

La encuesta del anuncio de General Electric en negro y blanco mostró que tenía un público de 10 por ciento. Cuando este mismo anuncio fué reproducido en colores, el interés del público se despertó y llegó a 40 por ciento.

Y así prosigue la historia al hojear el fichero de este fascinador asunto: El color es la clave de las puertas de la Emoción. Hace ya doce años que la importancia del color en el anuncio era un hecho bien establecido. La encuesta de Daniel Starch en 1931 descubrió del análisis de 5 millones de cuestionarios que comprendían 2349 anuncios emitidos por 163 casas comerciales, que el color provocó un promedio de 53 por ciento de respuestas para 100.000 de circulación más que para el blanco y negro. Una de las razones obvias es que el color (según Faber Birren eminente autoridad en la materia) realiza 5 diversas funciones en los anuncios: activar la atención, poner realismo, identificar, estimular alguna emoción, embellecer.

LOS QUINCE JUEVES DEL SANTÍSIMO Y METODO PARA VISITAR A JESUS SACRAMENTADO

Están a la venta, es un precioso folleto de 125 páginas. La Visita al Santísimo Sacramento contiene preciosas oraciones.

Su valor es de UN COLON

Sara Casal Vda. de Quirós
Telefoné al 3707

De venta en mi casa de habitación,
100 varas al Norte de la Pulpería La
California y 125 al Este Casa N° 2730.

Mande su valor y se lo enviamos
por Correo.

En Alajuela: lo consigue en La Casa
de San Juan Bosco.

En Cartago: Colegio del Sagrado
Corazón.

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de DON NARCISO

El Catolicismo y la Mujer en la Post - guerra

(En los Quince Minutos de los miércoles por Radio O'Shea)

En la fecha gloriosa del 24 de Febrero, que se conmemora con la devoción patriótica que tienen que recordarse, en la historia de todos los pueblos, los acontecimientos que son sólidas bases de sus libertades; aquel 24 de Febrero en que el simbólico decir del bronce, movido por un representante de la fe católica, acompañaba el grito de Viva Cuba Libre! ha sido premiado este 24 de Febrero con el Congreso Eucarístico, permitiéndonos escuchar directamente, expresamente para Cuba la palabra del Santo Padre!

Así tenía que ser! Así teníamos derecho a esperar que sucediera después de haber recibido el alto honor nuestra Patria, de que su S. S. Pío XII había comprobado estar muy enterado, muy convencido, del hondo sentir católico de toda Cuba al elegir para Príncipe de la Iglesia al Arzobispo de la Habana al ilustre, al eximio compatriota, su Eminencia Dr. Manuel Arteaga Betancourt que, como iluminado por el Espíritu Santo sabe guiar las almas como sublime psicólogo, para llegar a todas ellas a lo más recóndito donde puede encontrar en algunas víctimas de la incomprensión, la llama de la fe aunque vacilante, existente; que tiene que responder a la Gracia Divina recibida en el Sacramento del Bautismo!

Jamás emoción más intensa podrá sentir ningún católico cubano como la que experimentamos este 24 de Febrero de 1947, con la caricia paternal en nuestro espíritu, de las emotivas frases del Supremo Representante de Dios N. S. en la tierra Su santidad Pío XII en la que, pasando amorosamente su mirada por todas las provincias, tuvo para cada una la expresión del sincero sentir de tenerlas muy cerca en el santo deseo de que recibieran todas, la bendición de su mano ungida por la Gracia Divina de Dios N. S.

Y este magno acontecimiento del Congreso Eucarístico, en que tuvimos la indescriptible dicha de escuchar la palabra y recibir directamente la bendición de su Santidad, este Congreso Eucarístico se ha realizado cuando falta-

ban días para que se cumpliera el año de haberle sido impuesto el Capelo Cardenalicio quien, hasta entonces, sólo le dábamos el tratamiento de Monseñor Arteaga sintiéndonos orgullosos de tenerle de Arzobispo de la Habana al insigne camagüeyano gloria y prez de toda Cuba y, de algo más... del universal catolicismo. El Congreso Eucarístico! Esta demostración de la fe hondamente arraigada en las almas de sus compatriotas, tiene que haber sido para su Eminencia el Cardenal Arteaga el más hermoso presente que podía haber sido proclamado en recordación de la fecha en que fue proclamado Príncipe de la Iglesia.

Cuando el año 35 nos relataba, pléctorica de alegría nuestra querida amiga la ferviente católica y cultísima escritora peruana, Elia Rodríguez Parra de García Rosell, el Congreso Eucarístico celebrado en la Plaza 2 de Mayo en Lima, y contemplábamos el grabado en su gran revista "Universal", pensábamos si nuestra existencia en este "valle de lágrimas", nos permitiría tener la inerrable dicha de que tuviésemos un Congreso Eucarístico en nuestra Patria y hoy, damos gracias a Dios N. S. porque ha sido superado nuestro anhelo ya que no sólo, se ha efectuado en espléndida manifestación del catolicismo cubano, florecido de manera exuberante, con el exquisito perfume de las almas, que nos hizo recibir en plena gracia la bendición del Santo Padre que este Congreso Eucarístico Nacional, se ha celebrado teniendo de Príncipe de la Iglesia al esclarecido camagüeyano que, henchidas de satisfacción de católicas cubanas nos hace exclamar: Salve Cardenal Arteaga, que la bendición de su Eminencia no nos falte nunca a nosotras, a vuestras humildes compatriotas, para que podamos salir victoriosas en nuestra labor de la post-guerra en la que, a nuestro juicio la mayor responsabilidad pesa sobre todas las mujeres del mundo, como encauzadoras de las fuerzas volitivas de la humanidad, hacia el divino precepto, AMAOS LOS UNOS A LOS OTROS!

Aida Peláez de Villa-Urrutia

Reflexiones Cristianas

En qué consiste, al cabo, la real sabiduría? Porque averiguarlo es lo primero para acercarse a la verdad. La sabiduría verdadera, la sabiduría positiva y única que nos da paz y dicha perdurables es la que nos hace buenos. Cualquier otra no merece el nombre de sabiduría.

Todos esos hombres grandes, cuya memoria hace tanto ruido en el mundo, y cuyo nombre brilla tanto en la historia, si no supieron ser buenos fueron sabios de perspectiva. Celebre en buena hora el mundo sus ideas, sus pensamientos sus enfáticas, y muchas veces sus áreas locuciones; pero desengañese que la sabiduría útil no es otra que la ciencia de la dignificación espiritual.

¿No habla en este sentido Salomón, cuando dice que el número de los necios es infinito, y que hay pocos que posean esta verdadera sabiduría? Toda nuestra prudencia, todo nuestro ingenio se reduce a apacentarnos de quimeras, y toda la vida se pasa en edificar sobre

arena movediza obras que el menor movimiento, el más ligero soplo las reduce a nada.

¿Será sabiduría será prudencia el trabajar para los otros? Y un cuarto de hora después de la muerte, ¿de qué servirán los bienes que se juntaron con tanta fatiga?

¿Será sabiduría, será prudencia abandonar el único negocio para el cual estamos en este mundo, y sólo darse prisa, afanarse mucho cuando no se está para hacer nada? Y con todo eso esta es la conducta ordinaria de los que en el mundo pasan por hombres sabios; por hombres de conducta. ¡Qué gran locura, pensar en todo, dar providencia a todo, tomar justas medidas para todo, excepto para el alma! El mundo está lleno de estos sabios de moji-ganga.

Nada existe mejor en la vida que mejorarse íntimamente cada cual. No hay sabiduría ni dicha superiores a la de sentirse bueno.

Consejos Médicos

A ciertas personas se prescriben ejercicios para rebajar la grasitud excesiva; a otras, con el fin de tonificar su sistema óseo y muscular, activando la circulación de la sangre y mejorando el funcionamiento de los diferentes órganos del cuerpo. En las mujeres, especialmente, se forma grasitud sobre los músculos. Las redondeces, en ocasiones, no son más que consecuencias del sedentarismo.

La sangre fertiliza el cerebro y la pureza de la sangre se consigue mediante la de los alimentos que se ingieren a diario. Por lo tanto, si queremos tener la cabeza despejada, es menester cuidar el régimen alimenticio.

Lo que induce a veces al hombre a encerrarse en una sala de espectáculos es la necesidad de reírse, de distracción, ya que a estos esparcimientos no se les puede calificar de perjudiciales desde el punto de vista físico; es la necesidad de sacudir el tedio. Una persona fastidiada comete acciones que no sueña cuando está en pleno dominio de sus nervios.

Después de un día de intenso trajín todos se debieran dar un baño caliente por la noche, como medio de conseguir un buen descanso. Por supuesto estos baños conviene tomarlos antes de cenar o después de haber hecho la digestión.

Las sustancias cáusticas han de emplearse con suma prudencia cuando se trate de extirpar callos o durezas de los pies. Lavándose los pies por las noches con agua y vinagre o alcohol alcanforado se impide su transpiración copiosa, aunque con el hábito diario del uso de lociones astringentes se consigue casi el mismo efecto.

El mal de los cálculos al hígado o cálculos hepáticos está en que al obstruir los conductos de ese órgano hacen que la bilis pase a la sangre, sin contar los agudísimos dolores que ocasiona esa obstrucción.

Conviene mucho cuidar el funcionamiento perfecto del hígado porque éste interviene en la formación de los glóbulos rojos de la sangre y es el principal destructor de los venenos

introducidos en nuestra economía o bien de los que ésta haya podido formar.

El histerismo no es un mal sin importancia, como se presume. Tomar con ligereza esta dolencia es como permitir su desarrollo, ya que sigue períodos de progresión hasta afectar gravemente y poner en peligro la salud física y mental.

Los baños turcos constituyen una de las prácticas higiénicas curativas más recomendables. Previenen numerosas enfermedades. Los que no puedan tomarlos, los sustituirán por los baños calientes a 38 grados, una vez por semana hasta llegar a la traspiración, terminando luego con el agua enfriada a 35 grados.

Si hay tantos enfermos del tubo digestivo debe buscarse la explicación en el hecho de que la gente generalmente no sabe comer. La buena masticación la perfecta salivación de cada bocado, son la garantía positiva de una buena digestión y de la normalidad funcional del tubo digestivo.

Cuando se ocupe usted de mejorar su alimentación, no olvide al maíz; el cereal de América, rico y nutritivo, con el cual pueden prepararse más de 100 platos diferentes.

Las más pequeñas heridas descuidadas son puertas abiertas a las infecciones más peligrosas.

Dr. Brain.

Para la Dueña de la Casa

La limpieza de las almohadas de pluma suele preocupar a muchas amas de casa. A veces también se toman un trabajo superfluo o engorroso sin por esto obtener mejores resultados, con la agravante de que se pierde bastante pluma. Para que la limpieza sea eficaz se sumerge en un recipiente de agua jabonosa la almohada, moviéndola de arriba a abajo. Conviene que el agua sea templada. Después de enjuagar la almohada, tratando siempre de que sea a la misma temperatura, cuélguesela a secar en un viento suave. El viento secará las plumas rápidamente, haciendo que éstas recobren su primitivo aspecto. Sin embargo, si el forro está muy manchado, es preferible quitar las plumas y lavarlo separadamente, porque si se frota mucho el forro las plumas pueden quebrarse fácilmente lo que ira en perjuicio de la prenda.

En el arreglo del hogar se introducen constantemente nuevas variantes, aumentando las posibilidades de obtener combinaciones de gran efecto.

Así para hacer juego con los divanes y sofás bajitos, se han ideado unas mesas para sala bajísimas con pies muy anchos y grandes de madera reminiscencia de estilos antiguos. Con el marco de una alfombra de tono oscuro, estas mesas lustradas en color claro quedan preciosas, no necesitando de más adorno que un jarrón grande con profusión de flores.

Las repisitas que parecían desterradas de los interiores modernos vuelven poco a poco aun en los departamentos de línea casi futurista. Se las ve hechas de mármol o madera, sostenidas por hierros labrados, con un pequeño florerito y casi siempre ubicadas debajo de una miniatura o cuadro de reducidas dimensiones, llenando una misión decorativa acertada.

El hierro forjado ha conseguido una interesante supervivencia al adaptarse para pies de sillones, sillones y mesas, imitando el avance de los metales cromados, pero conservando en todo su valor las más depuradas formas artísticas. Son éstas creaciones que no desentonan en los ambientes modernos combinando con tapicerías de colores fuertes y con preferencia uniformes.

En los cuartos de baño donde los azulejos son de un color único: rosas, azules, rojos, amarillos, etc., las toallas deberán ser de idéntico tono o bien tener una guarda ancha para que armonice perfectamente. En el botiquín también se ponen frascos y potes del mismo color, de manera que la uniformidad sea absoluta.

Conservar brillantes, traslúcidos, los cristales de los grandes ventanales es a veces difícil. No obstante basta echar en el agua un chorrillo de amoníaco para que aclaren con rapidez y tengan buen aspecto. Si para secar esos vidrios se emplean en lugar de trapos muñecas de papel, los cristales quedarán más brillantes aún.

inconveniente es que demora un poco más la operación del secado con papeles.

Los objetos de alabastro gozan de grandes simpatías por su delicadeza y los decorativos. Pero en ocasiones se los deja maltratar por el tiempo, ignorando qué procedimiento es conveniente para devolverles su buen aspecto. El blanco en polvo y la esencia de trementina los mejoran y limpian bien, quitándoles todo rastro de grasa. Para que se sequen se ponen en un lugar donde queden sometidos a una co-

rriente de aire, pero jamás al sol, porque sus rayos tornan amarillento el alabastro.

Cuando se desea confeccionar un vestido, lo principal es saber con exactitud el metraje que ha de llevar, para no hacer una adquisición inútil. Este es también el riesgo que presenta la compra de retazos, que en lugar de convertirse en una oportunidad magníficamente aprovechada, se reduce a un desembolso innecesario cuando no llega a utilizarse.

Niños Traviesos

Es común oír a los padres clasificar como travesuras del niño los estropicios que comete hasta las faltas de obediencia. Eso es simplemente una tolerancia inspirada en el afecto pero no por ello menos pernicioso.

El niño habituado a que todas sus ocurrencias sean reídas como una gracia o pecado de "travesura" adquiere el convencimiento de su impunidad y llega a hacer lo que su conciencia le afearía de tener distinta acogida sus fechorías.

Apelar al rigor exagerado al castigo como medios únicos para que la criatura sea disciplinada es caer en una falta tan grave como la expuesta; ni la represión ciega ni la tolerancia forman un espíritu sin inclinarlo hacia reacciones opuestas siempre inconvenientes.

No hay que disculpar a los niños cuando por juego o capricho rompen una cosa. No ha de dejárselos hacer su voluntad. Es menester enseñarles que al dirigirse a sus padres, familiares o extraños lo hagan con corrección y respeto, sin tomarse confianzas desagradables, y sin atrevimientos.

No puede denominarse travesura el hecho escueto de jugar groseramente con una persona. No es tampoco travesura romper un vidrio con una pelota, tirar de la punta de un mantel con la mesa servida, tomar los almohadones como "punching-ball" o los sofás y sillas por pamacas, dando muestras de que se impone su libre albedrío.

Quienes dan estas alas a los niños les infligen un grave daño.

Al niño se le enseña persuadiéndolo de que casos como los mencionados no son expresión de travesura, sino actos incorrectos, y que la gente se forma mal concepto de quienes los cometen. Al herir su sensibilidad, el niño, siempre bueno en el fondo, reacciona favorablemente.

La disciplina se le inculca con perseverancia no prohibiéndole hoy lo que ha de dejárselo hacer mañana; es decir, siguiendo una misma línea de conducta.

Otro tanto sucede con el respeto. Teniendo la constancia de repetirle las fórmulas correctas en que debe expresarse, sin pasar por alto las faltas, el niño se habitúa y se conduce bien por dictado propio.

Para que sean corteses con nosotros debemos también ser corteses con ellos, no tratándolos con aspereza.

La necesidad de la obediencia hay que hacérsela entender a las criaturas con palabras claras; una sugerencia cualquiera será después para ellos más valiosa que una orden.

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
LENTES Y ANTEOJOS

DE TODOS LOS PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

Cosas Interesantes

El amor no tiene edad. Nace constantemente. Un amor viejo es un amor que nace y renace eternamente. Lo que la gente llama avejentamiento no es tal, sino una transformación que, a veces, tiene el aspecto del enfriamiento, cuando en la realidad es un ahondamiento, un mayor arraigo y un mayor calor.

—(0)—

Séase como se sea, el amor es siempre un dúo. Hacen falta dos para cantarlo.

—(0)—

Si el diablo supiese amar dejaría de ser malo.

—(0)—

La cortesía se ha inventado exactamente para eso... para que hablemos, elogiemos y justipreciemos precisamente a quienes profundamente despreciamos, odiamos y detestamos.

—(0)—

El que aconseja no es generalmente el que tiene más experiencia, sino el que pretende demostrarlo.

—(0)—

Se lleva a Dios en el corazón cuando ama. Los pies están sobre la tierra y la frente toca al cielo.

—(0)—

Una mujer cuya hermsura eclipsa a las demás, puede estar segura de que tantos como la miren la verán con ojos distintos: las bonitas la verán con envidia; las feas, con menosprecio; las viejas, con pena, y las jóvenes con éxtasis.

—(0)—

La ingratitud es un vicio en contra de la Naturaleza... Hasta los animales son agradecidos.

—(0)—

La ingratitud es la puerta por donde salen aquellos a quienes les molesta el reconocimiento.

El Acné Vulgar

Esa erupción consiste en multitud de granitos apiñados que aparecen por lo común en las mejillas y la frente, pero que invaden también a veces otras partes de la piel, se conoce en medicina con el nombre de acné. Muchas son las causas que provocan esta afección, y su gravedad está en razón directa de su motivo originario. En ocasiones proviene de gravísimas enfermedades y no es más que su manifestación externa. En tales casos sólo puede ser curado mediante el tratamiento específico de la enfermedad que lo produce y de la cual lleva el nombre.

La forma más común de esta afección es la que se conoce con el nombre de acné vulgar. Es una forma benigna y muy frecuente, sobre todo en los adolescentes y los niños. Consiste

en una producción continuada de granitos de diversos tamaños que maduran, se abren y cicatrizan a medida que se forman otros nuevos sin interrupción. Este proceso dura varios meses y en ciertos casos algunos años.

Hay personas que se acostumbran a llevar en la piel de su rostro esa desagradable afección, resignadas ante su aparente cronicidad. Creen que no ha de pasar nunca de un sarpullido banal, y de pronto se alarman al comprobar que el inofensivo acné se transforma en una serie de abscesos que llegan a exigir verdaderas operaciones quirúrgicas y dejando cicatrices indelebles.

Por lo general, el acné de la adolescencia se produce debido a trastornos de la secreción de

as glándulas sebáceas de la piel, complicada por cierta dificultad para la eliminación y reposición de las células córneas de la epidermis.

La acción curativa del acné no debe concretarse a combatir su primera manifestación externa. Es preciso evitar su continuidad. Para ello — y en virtud de que entre sus causas productoras están las alteraciones circulatorias — se debe evitar el uso de corsés, fajas, ligas, ropas ceñidas y todo lo que contribuya a dificultar la irrigación sanguínea.

También tienen mucha relación con esta

enfermedad las constipaciones intestinales. Conviene, pues, la dieta vegetal, especialmente a base de frutas, y los ejercicios moderados al aire libre pues el sol actúa sobre la piel enferma de manera sumamente benéfica.

En cuanto al tratamiento externo — y siempre que la piel no se encuentre excesivamente inflamada — lo más indicado consiste en lociones frecuentes con alcohol alcanforado, agua de colonia o solución de ácido bórico, completándolo con el uso de jabón de azufre y polvos secantes

Dr. H Carnot

BETTINA DE HOLST HIJOS

le ofrecen: Pañuelos grandes de nylon, estampados

Hilos de toda clase para bordar Tapetes, Manteles y otras labores estampadas para bordar. Gran surtido de lanas de tejer.

La Soberbia

La soberbia es el apetito de la propia excelencia. Esta se divide en dos clases: en ciega y en vana soberbia. La primera es un vicio de la inteligencia, la segunda de la voluntad. — *San Bernardo*.

La soberbia es la excesiva estimación que nos profesamos a nosotros mismos y la muy escasa que profesamos a los demás. — *Genovetti*.

La naturaleza de los hombres soberbios y

viles es mostrarse insolentes en la prosperidad, abyectos y humildes en la adversidad. — *Maquiavelo*.

Entre todos los vicios la soberbia es el que con más frecuencia se ve castigado, pero es el más difícil de curar. — *Tommaseo*.

La soberbia consiste en el sentimiento exagerado de nuestro propio valer con marcada tendencia a juzgarnos mejores que los demás. — *Descuret*.

953.—Les suplico me digan qué significan y porqué son 13 las monedas de las "arras" en el Santo Matrimonio — Antiguamente el varón compraba a la que había escogido para ser su mujer, y como testimonio de eso, en el acto del matrimonio presentaba un talento de oro. Cuando se prohibió acuñar monedas de oro, en lugar de oro los contrayentes presentaban su valor equiva-

lente en monedas de plata; y trece monedas de plata, de entonces, equivalían al talento de oro primitivo. En el uso cristiano las "arras" no tienen más significación que la de que el esposo se compromete a proveer a la esposa de todo lo que sea necesario materialmente en la esfera a que pertenece.

Excesiva Coquetería

Este año se ha visto en nuestras playas, como en ningún otro, que la mujer veraneante va cambiando rápidamente en sus costumbres, en una evolución acelerada hacia hábitos más liberales.

El hecho en sí no tiene más importancia que la de cualquiera otra costumbre del bello sexo; pero hay que tener en cuenta que no todas las mujercitas saben conservarse o conducirse a la altura de las circunstancias. Evolucionar con la época, a la par de ésta, no es lo mismo que romper con las normas establecidas, "adelantarse al tiempo" y dar espectáculos nada edificantes y que en muy poco pueden favorecerlos. Se puede ser liberal sin caer en la exageración y sin dar motivos para que se nos tilde de alocados.

Muchas niñas modernas han oído decir que la coquetería es la mejor arma femenina, y la esgrimen a diestra y siniestra, sin fijarse para nada que ésta es de doble filo, y que hierde tanto al que es atacado como a quien la maneja. Lo más difícil que hay en la vida de relación es el sentido de la medida. Quien no posea esta condición, dará mucho que hablar a sus semejantes, y tendrá tropiezos a granel.

Con las costumbres deben observarse las mismas reglas que con los derechos materiales: el de cada uno termina donde empieza el de los demás. Aquellos tampoco deben pasar del límite justo, de la moderación y la compostura.

Muchas jóvenes modernas, y aún aquellas que ya están dejando de serlo, creen que con la coquetería van a conquistar el mundo. Pero sucede que como no poseen el sentido de la medida, se lo pasan haciendo papaverones y dando que hablar a sus congéneres.

Es más fácil caer en el ridículo que en la indiferencia, y es mil veces preferible esto que aquello. Nuestras playas se han visto, en estos últimos tiempos, y ahora más que nunca llenas de estas "modernas conquistadoras". Todas las artes de la seducción, aprendidas del cinematógrafo y de los salones galantes, han sido puestas en práctica para que los hombres se fijan

en ellas. Es cierto que siempre la mujer ha sido así, pero no basta este extremo. Cualquiera diría que en el presente se desvota hasta lo inconcebible por atraerse la simpatía del sexo opuesto, y quien así pensara no puede estar equivocado. Desgraciadamente el exceso de mujeres justifica esta honda, secreta y casi dolorosa preocupación femenina. Ya sea por este mismo exceso, o porque es más dura la lucha material para vivir, el hombre se hace cada vez más reacio al matrimonio.

Mas no todas, como ya he dicho, saben hacerlo con discreción, sin perder el lugar y el concepto honroso que la sociedad les ha adjudicado en su seno. Muchas creen y en este caso particular me refiero a las bañistas alegres que han motivado estas líneas, que basta con hacerse las originales, las excéntricas, las sin prejuicios y lanzarse a la pesca del incauto que ha de quedar prendado de su belleza física. Es indudable que a primera vista todo hombre se ilusiona ante una belleza tan asequible, pero también lo es que si a ese esplendor físico no corresponde otro moral, de iguales o superiores quilates, la decepción no tarda en producirse. La hermosura de una mujer debe ser como una cárcel de oro en cuyo interior canta un pájaro maravilloso.

Por esto el exceso de coquetería es pernicioso y contraproducente no se puede poseer acervo espiritual, lo que se sugiere y promete con la seducción física. Esta es como un sol que, por extender sus rayos demasiado lejos, su corazón se muere en tinieblas. ¿Cuándo comprenderemos las mujeres que los hombres se fijan y se quedan siempre precisamente con aquellas que pasan poco menos que inadvertidas en esta gran feria de vanidades que es el mundo? Las perlas viven ocultas; y los tesoros del alma, las buenas cualidades, los mejores sentimientos, son como ellas: no todo lo que entra por la vista, no todo lo que aparentemente nos deslumbra conquista el corazón humano. Nunca lo olvidemos. Posiblemente así, nunca tampoco nos engañaremos. *María Elisa Campos*

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña DIGNA CASAL DE SOLARI, Profesora graduada en Bruselas

Hoy día que se preocupan tanto de los alimentos que contengan más vitaminas vamos a dar una receta de sopa que consideramos muy nutritiva:

Para 8 personas: una libra o más si se quiere de carne y hueso y media pata de res; se lava bien y se deja en cantidad suficiente de agua fría durante media hora, se condimenta con una cebolla, chile dulce, un tomate grande, sal y una ramita de tomillo. Hay que dejarla media hora en agua fría para que se disuelva bien la albúmina de la carne y todas las sustancias alimenticias le den fortaleza al caldo. Se pone a hervir a fuego lento hasta que la carne esté suave, entonces se cuele para quitarle los huesos que suelta la carne y se vuelve a poner al fuego agregándole las legumbres que se quiera: chayotes, yuca, tiquisque, helotes, camotes, bien lavados y ojalá sin pelar para aprovechar bien las vitaminas que contienen las legumbres; es muy sabrosa si se le ponen suficientes zanahorias, puerros, nabos blancos finamente picados; también se le puede agregar unos granos de arroz, fideos o avena machacada, esto si se quiere la sopa bien espesa; cuando se quiere agregarle plátanos deben sancocharse aparte para que la leche de plátano o banano no engrezca la sopa. Esto es lo que generalmente se llama Sopa de olla, que es muy nutritiva por contener todas las vitaminas de las legumbres y éstas resultan más gustosas por haber sido cocinadas en el jugo de la carne. De esta manera se aprovechan todas las sustancias nutritivas de las legumbres.

QUEQUE ESPUMOSO

Se unta un molde con tubo en el centro de manteca y se espolvora de harina. En una fuente honda se bate media libra de mantequilla (menos una cucharada para que no quede muy pesada) durante diez minutos; luego se le agrega un vaso de los de casco (escaso) de azúcar y se baten 15 minutos más; se mezclan un vaso y medio de harina con una cucharadita

y media de royal y se pasan por el cernidor; se baten 5 claras de huevos a punto de nieve y se les agrega las yemas y se bate muy bien, esto se echa en la mantequilla y se mezcla bien despacio, se le agrega una cucharadita de vainilla y dos dedos del vaso de leche fría, se mezcla bien despacio, enseguida se agrega la harina cernida y se mezcla despacio y se echa en el molde y se asa en el horno con calor regular.

SALMON EN MAYONESA

Se emplea salmón en lata, se maja con un tenedor y se coloca dándole una bonita forma sobre un platón. Se hace una mayonesa bien espesa, cortada con limón y con la manga de adornar queques se le hacen bonitos dibujos ya sea formando cuadrículados o rombos etc. Alrededor se coloca, ruedas de huevo duro, tajaditas de tomate, y rueditas de limón y se sirve bien frío.

RINCON ALEGRE

EXAMEN DE LITERATURA

- ¿Cuántas clases hay en poesía?
 —Tres: poesía lírica y poesía dramática y poesía . . .
 —Poesía épi. . .
 —¡Ah, sí: poesía epidémica!

EXAMEN DE GEOGRAFÍA

- Diga usted la causa que influye en la duración de los días.
 —La miseria.
 —¿Cómo?
 —Sí, señor: un día sin pan es siempre interminable.

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyar la, pues su producto es para sostener los gastos aumentar las comodidades y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECEN EN

Banco de Costa Rica